

LA MUJER DISPUTADA

REVISADO POR
LA CENSURA

IMPRESA COMERCIAL • Calle Valencia, 254 • BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 717

*LA MUJER
DISPUTADA*

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los celebrados astros de la pantalla

*NORMA TALMADGE
LUIS ALONSO*



— NARRACIÓN DE —
MANUEL NIETO GALAN

PRINCIPALES INTERPRETES

Ana Maria	Norma Talmadge
Pablo	Luis Alons
Alfredo	Arnold Kent
Karlson	Michael Vavitch

Exclusivas ARTISTAS ASOCIADOS



Rambla de Catalunya, 62 - BARCELONA

LA MUJER DISPUTADA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

MUJER



MUJER, palabra mágica a cuyo conjuro el corazón del hombre late bajo los influjos de los sentimientos más contrarios; palabra que encierra todo un mundo de bondad, de sacrificio, de abnegación infinita... de amor y a la que, a veces, la maldad humana, en

su loca inconsciencia, se afana en hacerla mala, en injuriarla, sin pensar que el más justo de todos los seres, el mismo Jesucristo, quiso sublimizarla, y para ello no halló nombre más dulce que el de MADRE. En torno de ella gira el universo entero, despierta nuestras ilusiones, nuestros anhelos, hace latir en nosotros los más puros sentimientos y también, a veces, ofuscado por el deseo, el hombre siente vivir en él la fiera infernal de los celos.

Salve mujer, nombre immaculado, abismo de dulzura y de felicidad, a quien muchas veces solemos arrojar a los más profundos abismos de la miseria y de la desesperación,

arrojándola incluso del seno de la sociedad, sin pensar que fuimos nosotros mismos quienes la impulsamos en la peligrosa vertiente de la vida. Y estos seres desgraciados, que viven en la penumbra de las grandes ciudades, en las callejas silenciosas de las grandes urbes, ruedan por el barro adonde han sido arrojadas, pero sólo su cuerpo suele salir manchado de la inmundicia y, si abundamos en sus almas, las veremos que conservan inmaculado el dulce sentimiento de amor.

Como simples transeúntes, nos trasladamos a una ciudad imaginaria, para recorrer, como en todas, sus tenebrosas callejas, y presenciarnos, como muchos espectadores, el drama íntimo de una vida abnegada de una de esas mujeres que no dudan en sacrificarse por el bien ajeno...

Las sombras de la noche, medrosas y agoreras, se tendían sobre Limberti, ciudad fronteriza del pequeño reino de Troscania. En el reloj de la vieja catedral acababan de dar las doce, cuando de entre una encrucijada salió un hombre perseguido por la policía. Huía sin rumbo fijo, desesperado de no encontrar un lugar seguro donde poderse sustraer a aquella persecución, hasta que entró en un callejón de aspecto miserable y encontró a una mujer, a la puerta de una casucha de aspecto inequívoco.

El fugitivo vió en aquella mujer a una compañera de desdicha, y con la seguridad de que nadie mejor que ella podría prestarle auxilio, se acercó y le dijo:

—¡Sálveme usted!... ¡Me persigue la policía, pero le juro que soy inocente!

—¿Y dónde quiere usted que yo le esconda?—preguntó, extrañada, la mujer—. ¿Qué puedo yo hacer por usted?

—Despistar a la policía—respondió el perseguido.

La mujer miró a todos los lados de la calle y, viendo que estaban completamente solos, levantó la tapa de un barril sobre el que se hallaba apoyada y le dijo:

—Escóndase usted aquí. Yo me sentaré encima y procuraré burlar a la policía.

Hizolo así y apenas si había acabado de esconderse cuando llegaron los agentes y le preguntaron:

—¿Ha visto pasar por aquí a un hombre que huía?

—Ahora mismo ha pasado—respondió ella, mientras que fumaba tranquilamente un cigarrillo—. Por cierto que ahora me explico su prisa y porque no quiso atenderme cuando lo llamé.

—¿Por dónde se ha ido?—volvieron a preguntarle los policías.

—Siguió toda esta calle abajo, luego no me fijé y cuando volví de nuevo aquí ya no le volví a ver—respondió ella.

—Está bien—respondieron los perseguidores—. Si vuelve a pasar por aquí procure entretenerlo hasta que nosotros volvamos.

—Estén tranquilos, que lo haré—terminó diciendo, a la vez que tiraba la punta del cigarro.

Los policías siguieron el camino indicado por ella, y ya se disponía a dar salida al desconocido, cuando se presentó de pronto un hombre de gesto avinagrado, en cuya mirada era fácil adivinar un odio profundo, y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí en la calle a estas horas?

Ella lo miró sonriente y, acercándose a él, le respondió burlonamente:

—Le esperaba a usted... Romeo.

La contestación llenó más de indignación al entrometido transeúnte, que exclamó, alejándose de ella:

—¡Mujer impúdica... mujer sin oficio ni beneficio... es usted un peligro para la sociedad!

Cuando hubo desaparecido por la calle, saltó ella del barril que le servía de asiento y, levantando la tapa, le dijo al que permanecía oculto:

—Ya no hay peligro. Huya usted cuanto antes, porque piensan volver por aquí.

—Jamás podré pagarle el bien que me ha hecho—exclamó el desconocido.

—Es obligación nuestra el ayudarnos. Todos nos desprecian y únicamente nosotros podemos favorecerlos.

Corrió él a ponerse fuera del alcance de la policía y su salvadora sacó un nuevo cigarrillo y fué a encenderlo. Mas en aquel instante se vió sorprendida por la presencia de un hombre que le ofrecía lumbre, a la vez que le decía:

—He visto lo que usted ha hecho.

Se vió perdida y suplicó:

—Comprenda usted... Decía que era inocente y no podía negarme a salvarle.

—Pero será inútil lo que usted ha hecho. Lo prenderán... Las gentes como él... como usted... como nosotros... no tienen suerte.

—Quizá la tendríamos si la mereciéramos—respondió la pobre joven con un suspiro que salía de lo más profundo

de su alma, mientras que una lágrima empañaba la belleza de sus ojos, negros como el azabache.

Bajo la vista ante la mirada escudriñadora del desconocido y quizá pasó por la mente de la desgraciada Ana María el recuerdo de otros días felices, de otro tiempo en que se creía buena y amada. Y, sin embargo, ¿qué era ahora? Una de esas pobres flores del arroyo, cuya existencia es un milagro, y en quienes la vida procura aplastar, a fuerza de golpes crueles, lo que hay en ellas de más puro y de más noble...

Y la vida, o, más bien, la maldad de un hombre, que ansioso de su belleza supo mentir en sus oídos palabras ensañosas de amor, para abusar de su inocencia y arrojarla luego como un pobre náufrago para que luchase a brazo abierto con la mísera existencia que la esperaba. Era su drama un drama vulgar, como el de tantas otras, y que, por lo corriente, no causa sensación; pero en cada una de ellas hay una vida truncada en la flor de su juventud, cuyos aromas de bondad pretendemos a todo trance acallar.

El desconocido no apartaba la mirada de ella y Ana María, avergonzada ante aquel hombre, quiso huir de su presencia y entró en su casa. Mas, al llegar a su cuarto, se vió seguida por el otro, que le dijo:

—¿Quiere usted dejarme entrar?... Estoy cansado de andar... de vivir...

Ana María sintió una compasión infinita por aquel ser y, apartándose de la puerta, se encogió de hombros, como indicándole que pasase.

Una vez los dos dentro, él se sentó en una silla y comenzó diciéndole:

Poco me ha bastado para ver en usted un ser completamente distinto de lo que representa. No sé su historia, pero si me la exigieran podría narrarla sin omitir un detalle.

—¿Qué sabe usted...?— preguntó Ana María.

—He corrido mucho mundo y lo sé todo—respondió el otro—. Su historia es la misma que las de todas, hay también iguales a usted. Y también sé que, como todas, usted tampoco es dichosa.

Ana María bajó la cabeza sin saber qué contestar. El se acercó a ella y, tomándole cariñosamente una mano, siguió diciéndole:

—Huya usted de este ambiente... No es conveniente para usted seguir viviendo en él.

—¿Cómo quiere usted que salga de aquí?—preguntó ella dolorosamente—. ¿En dónde podrían acogerme que no fueran con palabras de desdén y de desprecio?

—Lleva usted razón, pero yo voy a ayudarla a elevarse...

—¿Usted?... ¿Usted hará eso por mí?—exclamó Ana María.

—Sí—respondió su interlocutor—. Ahora mismo.

Ana María lo veía hacer y estuvo a punto de creer que se trataba de un loco. Sintió de pronto miedo y quiso huir, mas en aquel momento el desconocido acabó de escribir una dirección sobre una tarjeta y se la entregó, diciéndole:

—Aquí tiene usted la dirección telefónica de mi sobrino, Alfredo Vernon... El se cuidará de usted... y de mí también, cuando todo haya terminado.

—¿Qué es lo que usted quiere decir, señor?—preguntó Ana María—. No le comprendo.

—Que quiero seguir el único camino que conduce a la paz y a la felicidad.

La joven seguía sin comprender lo que quería decirle el desconocido y, distraída con la lectura de la tarjeta que aquél le había entregado, no se apercibió de que sacaba disimuladamente una pistola y la acercaba a su sien.

Sonó un disparo, a la vez que caía inerte el cuerpo del desconocido, y Ana María, loca de terror, corrió a la escalera para pedir auxilio.

NUEVA VIDA

Los gritos de Ana María y el ruido de la detonación atrajeron hacia su cuarto a la dueña de la casa y a otras pobres infelices, mientras que la infeliz joven corría de un lado para otro, sin haber hecho otra cosa que telefonar a la dirección que le había dado el suicida.

La dueña creyó desde el primer momento que se trataba de algún crimen o de alguna venganza y le dijo agríamente:

—¿Por qué has matado a ese hombre?

—¡Yo no lo he matado!—exclamó Ana María, llorando desconsoladamente—. Vino aquí y se ha suicidado.

—A mí no me engañas tú—respondió la vieja—. De sobra sé lo que sois vosotras, pero no quiero líos con la policía y voy a llamarla inmediatamente, antes que puedan creer que yo soy tu cómplice.

—No haga usted eso, por Dios—suplicó la pobre joven—. Yo le prometo huir de aquí.

—Y dejarme a mí el muerto, ¿verdad?—exclamó la dueña—. No, hijita, no. Tú que lo has hecho, carga con la responsabilidad.

Ana María no pudo continuar aquella dolorosa porfía. Cayó sobre una silla llorando amargamente, mientras que la vieja, cumpliendo lo que había dicho, se puso en comunicación con la Comisaría de Policía para que enviasen a dos agentes y prendiesen a la muchacha.

En medio de aquella algarabía que tan rápidamente se había formado, llegaron dos hombres elegantemente vestidos, quienes preguntaron a una de las muchachas:

—Podría usted decirme dónde está la que se llama Ana María?

La interpelada señaló para el sitio donde estaba ésta, sin que ella levantase siquiera la cabeza.

El que había preguntado era un hombre de unos treinta años, simpático de rostro y de finos ademanes, que se llamaba Alfredo Vernon. Era capitán del ejército de Nilesia, nación vecina de Troscania y sobrino del suicida.

Se acercó adonde estaba su tío muerto y, después de comprobar que le ciencia nada podría hacer en su auxilio, se separó de él exclamando:

—¡Extraño sitio para venir a morir!

Ana María oyó aquella exclamación y gritó indignada:

—¿Por qué ha elegido mi habitación para mutarse?... Yo no le había traído aquí. Me pidió permiso para entrar y no pude negarme: me daba lástima su aspecto.

A pesar de la indignación de que se hallaba poseído, seguía llorando, y aquel contraste hacía resaltar aún más la belleza de Ana María. Su belleza no era excitante, sino de exquisita dulzura y sus ojos, al mirar, parecían dejar

al descubierto su alma, en la que podía verse toda la bondad que albergaba. Mudo espectador de lo que ocurría era el otro visitante.

Sin moverse del sitio donde estaba, presenciaba la desesperación de aquella mujer y su corazón se sintió atraído inmediatamente hacia ella. Casi estaba convencido de que no podía ser aquella joven la causante de la muerte del tío de su amigo.

También éste era un muchacho joven, de rostro atractivo y mirada noble; una de esas personas que basta verlas una sola vez para sentirse atraído por su simpatía y confiar en ellas con una fe inquebrantable. Se llamaba Pablo de Hartman y era, como su amigo, militar, teniente del ejército de Troscania. La amistad que unía a ambos era profunda y leal, en la que no cabía el peligro del egoísmo, porque los dos lo habían suprimido, como posible elemento de discordia.

Alfredo Vernon, seguía interrogando a la joven y ésta le explicaba cómo había ocurrido el hecho, diciéndole:

—Nunca había visto a ese pobre hombre... ¿Por qué iba a tener interés en causarle ningún daño?... Además, no parecía estar desesperado... Hablaba de ir hacia la paz y hacia la felicidad.

—¿Y no sospechó usted cuáles eran sus intenciones?
—volvió a preguntarle Alfredo.

—Yo no podía sospechar que pensara quitarse la vida y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde.

El dolor que expresaba Ana María en sus palabras, la sinceridad de que estaban impregnadas, ahondó más en el

alma de Pablo la creencia de que aquella mujer era inocente y, conolido por la desgraciada, atrajo hacia él a su amigo y le dijo:

—Estoy absolutamente seguro de que esa mujer no ha matado a tu tío.

—Sin embargo, yo no puedo impedir que la policía tome parte en este asunto—respondió su compañero.

—Pero tu declaración puede dejarla en libertad. Piensa que si no, la detendrán solamente juzgando por las apariencias.

Ana María había oído las palabras de Pablo y levantó hacia él sus hermosos ojos, en los que se leía toda la inmensa gratitud que llenaba su corazón. Y Pablo, al sentir sobre él aquella mirada acariciadora, tan dulce como la de una novia, experimentó un sentimiento de infinita piedad. Correspondió a su vez mirándola y como queriéndola decir: "Yo sabré salvarla".

La llegada de la policía puso fin al diálogo de los dos amigos y el jefe de los agentes empezó por tomar el nombre de los dos hombres, quienes sucesivamente fueron dándose a conocer.

Al ver entrar a los agentes, Ana María comprendió que todo estaba perdido. Nadie creería la verdad y la prenderían irremisiblemente. Por su mente pasó toda la tragedia que la esperaba y, sin fuerzas para sostenerse, se dejó caer en un ángulo de la habitación. Su estado inspiraba compasión al ser más incesible, y Pablo no apartaba los ojos de ella, sufriendo intensamente al ver el suplicio a que se veía sometida.

El jefe de gendarmes se acercó adonde estaba ella y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Ana María Warner—exclamó débilmente la pobre muchacha.

El policía se volvió a las demás mujeres y preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

Pero antes que nadie pudiera decir una palabra, se adelantó Alfredo y le dijo:

—Yo puedo decirle exactamente todo lo que ha pasado.

Pablo se quedó mirando a su amigo y en la mirada que éste le dirigió comprendió que pretendía salvar a la joven, quien a su vez miraba espantada a Vernon, esperando que la acusara de aquella muerte.

—Esta joven me ha telefonado que mi tío se hallaba aquí—continuó diciendo Alfredo—. Al parecer, el pobre hombre no estaba en toda su razón, y ella, alarmada, quiso que yo viniera a hacerme cargo de él. Decía cosas incoherentes... hablaba de matarse.

Ana María respiró algo más tranquila y dos gruesas lágrimas corrieron por sus rosadas mejillas como perlas que se deslizaran por terciopelo.

—La señorita nos salió al encuentro en la escalera. Al subir, oímos una detonación y cuando llegamos aquí, mi tío estaba ya muerto.

—¿Entonces se trata únicamente de un suicidio?—preguntó el policía.

—Acabo de decirle toda la verdad—respondió Alfredo.

—Si es así, nada podemos hacer nosotros—volvió a

decir el policía, haciendo una seña a sus acompañantes para que salieran con él. Saludó militarmente a los oficiales y se alejaron de la casa.

Apenas habían salido de la habitación, cuando Ana María cayó a los pies de los dos jóvenes, exclamando:

—Gracias; son ustedes muy buenos, pero yo les juro por lo más puro que haya en mi alma que soy inocente, completamente inocente.

Pablo la levantó y, conmovido, no pudo contestarle. El le hubiera querido decir muchas cosas, pero la misma emoción que sentía le impedía explicarse.

La patrona rompió el silencio y, encarándose con Ana María, la despidió, diciéndole:

—¡Esta es una casa de huéspedes respetable!... ¡Vete y no vuelvas a poner aquí los pies!

—Pero... ¿adónde voy a ir a estas horas?—preguntó Ana María, desconsolada—. Tenga usted un poco de compasión y comprenda que no puedo encontrar albergue hasta mañana.

—¡Y a mí qué me importa que lo encuentres o no!... ¡Te he dicho que te vayas de mi casa y si no lo haces por las buenas lo harás por las malas.

Pablo ayudó a la joven a recoger la poca ropa que tenía y cuando tuvo hecho el lío se la entregó, diciéndole:

—¿Por qué no va usted a un hotel?

Ella le miró con asombro y respondió dolorosamente:

—¿En qué hotel querrian recibir a una mendiga, señor?

La dulzura con que se expresaba aquella mujer, su acento conmovedor, llegaba a lo profundo del alma del joven

militar, que, impulsado tan sólo por la nobleza de su corazón, la detuvo, cuando ella bajaba la escalera, y le dijo:

—No se apure; puede dormir en mi casa. Tenga la llave. Yo dormiré con mi amigo.

Ana María le oía nombrada. No podía dar crédito a las palabras de aquel hombre, que se presentaba ante ella tan distinto a cuantos había conocido. Jamás hubiera creído que un hombre fuese capaz de tanta bondad. Tenía un criterio muy distinto de todos y es que hasta entonces no había encontrado en su camino un alma buena, como la que aquella noche se le mostraba.

Tomó la llave que le ofrecía Pablo y salió de aquella casa, donde en unas horas había vivido un siglo de angustias y de terror.

Poco después, los dos amigos hablaban del suceso de la noche y Alfredo le preguntaba a su compañero:

—Me parece que te has excedido con esa joven. Piensa en el lugar que estaba y comprenderás que has obrado precipitadamente al ofrecerle tu casa.

—No lo creas—respondió Pablo—. Antes de hacerlo lo he pensado bien. Pero el acento con que hablaba, el sentimiento que se leía en sus ojos y su actitud me han convencido de que es una de esas víctimas a quienes la sociedad se cruzeña en hacer malas aun a sabiendas de que obra mal.

El razonamiento de Pablo dejó convencido a su amigo y los dos jóvenes dejaron de hablar del asunto, aunque interiormente cada uno pensaba en lo mismo: en Ana María, que había conseguido, sin quererlo, apoderarse de la voluntad de los dos.

ILUSION

Solamente el pobre paria, el ser desgraciado que se encuentra sin hogar ni cobijo, puede darse cuenta exacta de la inmensa felicidad que siente el que, de pronto, se halla en un recinto donde poder abandonar su cuerpo después de las duras fatigas de un día interminable. Y esto era lo que precisamente sintió Ana María al verse en el cuarto de soltero de Pablo. Los muebles, los mil adornos de las habitaciones, el perfume que exhalaba el dormitorio, todo en fin, le hablaba de una vida diferente a la que ella había conocido hasta entonces. ¡Con qué delicia acariciaba los objetos que encontraba a su paso! Sobre una silla halló un pijama de Pablo y acarició con deleite la suave seda con que estaba hecho. Instintivamente, calculó la medida y lo halló adecuado a su cuerpo, y en ella hizo mella esa innata coquetería de toda mujer. Se lo puso y se echó sobre la

cama, que parecía conservar aún la huella del cuerpo de su dueño. Al pensar que sobre aquella almohada había descansado la cabeza del único hombre que había sabido tratarla con respeto y bondad, los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas de inmensa gratitud, y sin saber lo que hacía, abrazó estrechamente la almohada, a la vez que la besaba amorosamente. No había en sus besos el más leve pensamiento pecaminoso, eran puros, tan puros como su alma, llena de ingenuidad y de bondad.

Los sucesos de aquella noche memorable que jamás podría olvidar habían debilitado sus fuerzas y no tardó en quedarse dormida, soñando tal vez con ese castillo imaginario en que toda mujer suele pensar cuando el corazón está sediento de amor.

Las horas de la noche pasaron fugaces para la desgraciada joven, y cuando, por fin, se despertó, el sol entraba a raudales por los grandes ventanales del balcón, que daba a una amplia plaza de la ciudad. Saltó de la cama y volvió a ponerse el pijama que había abandonado la noche antes sobre una silla y, con extraordinaria curiosidad, fué inspeccionando cuanto había en la casa. Como si todo aquello le perteneciese, fué arreglando cada objeto y sentía una satisfacción íntima al vivir, aunque sólo fuese por unas horas, aquel ambiente sano y tranquilo que producía en su alma un bienestar inefable. Se hacía la ilusión de que ya nunca tendría que alejarse de allí, que ya no tendría que volver a su odiada antigua vida, y para respirar más a gusto el aire primaveral de la mañana, abrió de par en par las puertas del balcón y se asomó para ver la calle.

Apenas si tuvo tiempo de realizar su pensamiento; oyó pasos en la casa y toda aquella ilusión que sentía rodó por tierra como un montón de naipes al impulso del viento. Eran ellos, sin duda. Ellos, que vendrían a echarla, a decirle que ya podía buscar otro albergue, y pensó que nuevamente tendría que ir de puerta en puerta como una mendiga.

No se había equivocado. Eran Alfredo y Pablo los que acababan de entrar, si bien este último con las mayores precauciones, para evitar despertar a la joven, en vista de que no se la oía por ninguna parte. Recordieron varias habilitaciones y al fin exclamó:

—Probablemente, debe estar durmiendo todavía.

Alfredo, que, a pesar de sus buenos sentimientos, no dejaba por eso de ser más realista, le contestó sonriendo:

—¿Quién sabe? Pero te aconsejo que mires a ver si, "por casualidad", se ha marchado con la mayor parte de tus objetos de valor.

Pablo se lo quedó mirando y respondió seriamente:

—Me duele oírte hablar así, Alfredo. Cualquiera diría que no tienes corazón. Yo estoy seguro de que no es lo que tú te piensas.

—Sea como tú dices—contestó Alfredo—. Pero no has pensado en una cosa... Ahora que la tienes aquí, me parece que te va a ser un poco difícil librarte de ella.

—Llevas razón—exclamó Pablo, que no había caído en aquella contingencia—. ¿Y qué crees que debemos hacer, entonces?

—Querrás decir qué voy a hacer "yo"... porque todo esto a ti sólo te importa.

—Verdaderamente, nos hemos metido en un lio, que sabe Dios cómo saldremos de él—volvió a decir Pablo, sin hacer caso de que su compañero se excluía del asunto.

Cuando más absortos estaban ambos meditando un medio para poder librarse de Ana María, se presentó ésta y, con su eterna sonrisa de mártir, se acercó a ellas y les dijo:

—No sé cómo agradecer a ustedes lo que han hecho por mí... Yo no creía a los hombres capaces de estas delicadezas.

Pablo, para cambiar la conversación e impedir que la joven continuara dándole muestras de agradecimiento, le contestó:

—Le ruego que nos perdone el que hayamos venido tan temprano. Creímos que ya estaría levantada y por eso nos hemos atrevido...

No tienen ustedes por qué excusarse. He esperado tan sólo porque quería decirles adiós y darles las gracias por su generosa acción.

Los dos amigos se miraban uno al otro, sin saber ninguno qué partido tomar, mientras que Ana María se alejaba penosamente de aquella casa, donde tantos sueños de ilusión había tejido en pocas horas. Pablo la veía alejarse y su corazón protestaba de aquel abandono. Se acusaba de arrojar otra vez a aquel ser inocente al inmundicio de una vida que no perdona jamás su víctima y fué a detenerla; pero llegó tarde en su acción. Ya se había adelantado su amigo y, deteniéndola, le dijo:

—No podemos permitir que se vaya usted sin haber tomado ningún alimento. Sería para nosotros una gran alegría que nos acompañase a tomar el desayuno.

Ana María fijó su vista en Pablo, y al leer en los ojos de éste la misma súplica, sonrió dulcemente a los dos y les dijo:

—Son ustedes mucho más buenos de lo que yo podía pensarme. Nada de lo que pidan puedo negarles y acepto el ofrecimiento que me hacen.

Como dos chiquillos en día de asueto, Pablo y Alfredo corrieron de un lado para otro para preparar la mesa y disponer el desayuno. Al cabo de unos minutos, todo estaba preparado y los tres se sentaron en la mesa, como si hubieran sido camaradas desde largo tiempo. Uno y otro se afanaban por servirla y Ana María, en medio de aquella solitud tan respetuosa, le parecía vivir una vida completamente distinta, una vida como jamás ella hubiera podido soñarla. ¡Cuánta hubiera sido su felicidad si aquellos hombres le hubiesen permitido seguir en aquella casa, ser para ellos su criada, su esclava, todo lo que hubiesen querido. Pero estos pensamientos pronto huían de su mente y la triste realidad venía a imponerse cada vez con mayor crueldad.

También los dos amigos habían llegado a quedarse callados, hasta que Pablo interrumpió el silencio, diciéndole a su compañero:

—He adivinado lo que estás pensando en estos momentos, Alfredo.

El aludido se lo quedó mirando, extrañado de que su amigo hubiera podido leer en su pensamiento, y contestó:

—Mucho me conoces, pero no creo que sea hasta el extremo de saber lo que pienso.

—En esta ocasión, sí, y para que veas que es verdad voy a decírtelo. Piensas en que quizá nosotros podríamos buscar a Ana María alguna colocación estable.

—Es verdad—declaró Alfredo—. Eso mismo era lo que pensaba. Pero he de confesarte que no lo has adivinado del todo, puesto que, además, pensaba también que mientras tanto, ella podía quedarse en cualquiera de nuestras casas y vivir como dueña y señora.

—No—exclamó Ana María—. Eso es demasiado.

—¿Acaso no quiere usted vivir aquí?—le preguntó, extrañado, Pablo—. Le advierto que mientras usted esté en la casa, ninguno de los dos vendremos a molestarla.

—No es eso—protestó Ana María—. No me he sabido explicar. Estoy completamente segura de la caballerosidad de ustedes dos, pero es que es demasiado sacrificio el que piensan hacer por una pobre mujer que no tiene en su haber con ustedes más que un profundo agradecimiento, que no olvidará en la vida.

—Pues si no es más que eso, ya está todo decidido; se quedará aquí. Si no accede, será señal de que todo ese agradecimiento, del que no queremos saber nada, no es verdad. Desde ahora mismo principia usted a actuar como única dueña de esta casa.

Ana María estrechó la mano de Pablo, verdaderamente conmovida, y por primera vez desde hacía muchos años, rió con sana alegría, mientras que sus ojos se empañaban de lágrimas.

—¿Acaso llora usted porque la obliguemos a quedarse? —le preguntó Alfredo.

—No es eso, señor—respondió ella. Es que no solamente se llora de dolor. Hay veces que la alegría, por ser muy grande, también hace llorar, y yo lloro de alegría.

Y desde aquella mañana la vida cambió por completo para Ana María, que tuvo en aquellos dos hombres dos amigos sinceros, leales, como jamás hubiera ella creído encontrar a ningún hombre, que le hacía olvidar constantemente su antigua vida, tan llena de sufrimientos y miserias.

A diario se reunían para comer y parecían verdaderamente tres hermanos. A cada uno se le ocurría una cosa distinta y ninguno de los dos volvía nunca a casa sin antes haber pasado por alguna tienda para comprarle algo a la joven, para que viese que se habían acordado de ella. El cuarto de soltero de Pablo se había convertido, como por arte de magia, en un nido dichoso, donde todo parecía sonreír, y Ana María, dentro de aquel ambiente, había ido recobrando su quebrantada salud, su belleza, que parecía marchita, había ido adquiriendo un nuevo brío y sus encantos resaltaban cada vez con más fuerza. Habían bastado pocos días para que se hiciera en ella una transformación tan rápida, que difícilmente hubiera podido reconocerse en ella a la desgraciada joven que por primera vez vimos la fatídica noche.

HACIA OTRA VIDA

Los días se deslizaban tranquilos para Ana María, que había podido experimentar, al fin, la dicha de una vida sosegada, completamente ajena a la que hasta entonces había llevado, y su alma, que era archivo de todas las virtudes, se sentía feliz con la dulce amistad que le brindaban sus protectores.

Pasado algún tiempo, Pablo cumplió su palabra y fué a ver a la dueña de una gran casa de modas para recomendarle a Ana María y logró, sin gran esfuerzo, el que fuera admitida. ¡Cuánta dicha experimentó la pobre al cobrar por primera vez el producto de su trabajo! ¡Cuánta alegría en sus ojos y cuánta dicha en su corazón! Y toda aquella dicha, todo aquel bienestar de que gozaba se lo debía a Pablo, a Pablo, que había sido para ella como un hermano amantísimo. Y al pronunciar el nombre de él un rubor le

encendía las mejillas, como si toda su sangre se le agolpase a ella. No dudó Ana María del afecto que sentía por él, pero supo con cautela ocultarlo a los ojos de los amigos, sin que ninguno se diera cuenta.

Al obtener la colocación, Ana María abandonó la casa de su protector y se fué a vivir a un pisito alegre y humilde, y esta marcha fué la que puso de manifiesto para los dos amigos lo que aquella mujer había llegado a significar para ellos.

Cierto día, mientras que comían, Pablo le dijo a su compañero:

—Desde que Ana María se ha marchado parece que esta casa está mucho más triste, ¿verdad?

—La que me parece es que has hecho una tontería con buscarle esa colocación. Aquí nada le faltaba y podíamos haber vivido así toda la vida.

—Era necesario, Alfredo—le contestó su amigo—. Ana María no hubiera accedido a continuar viviendo a nuestra costa mucho tiempo. Acuérdate que en cierta ocasión apuntó la idea de marcharse.

Los dos amigos quedaron en silencio y por la mente de ambos pasó la dulce figura de aquella mujer, que tanto había llegado a interesarles.

Para cualquier persona que hubiera seguido el curso de aquella extraña aventura no hubiera pasado desapercibido el sentimiento que había despertado en los dos hombres Ana María. No cabía duda que los dos amaban a la joven, pero ellos habían juzgado este sentimiento como pura amistad e

intentaban acallar los gritos de su corazón con las voces de una compasión que ya no existía.

Los dos esperaban con la misma ansiedad que llegase un día de fiesta para poder ir a casa de Ana María. Se habían impuesto el deber de comer allí todos los días que las ocupaciones de ella la dejaban libre, y uno de estos días Pablo la llamó por teléfono y la dijo:

—Ana María, no olvide que hoy es domingo y que Alfredo y yo iremos a comer con usted.

—¿Creen acaso que yo me puedo olvidar de ustedes? —exclamó ella.

—No olvide tampoco que a mí me gusta el pescado, aunque ese tonto de Alfredo diga que es una comida insustancial.

—Esté tranquilo, que todo se lo tendré preparado.

Efectivamente, algunas horas después, los dos amigos entraban en la casa de Ana María, en aquella casa que consideraban como cosa suya, y ella salió, alegre, a su encuentro.

—¡Cuánto han tardado!—les regañó cariñosamente.

—Le advierto que la culpa ha sido de Alfredo—le dijo Pablo.

—No le haga caso, Ana María. Ya sabe usted que yo soy persona formal y que debe creermé. El culpable de nuestra tardanza ha sido él, precisamente.

—Bueno, no se peleen—intervino, reconciliadora, la joven—. Por esta vez les perdono, pero ¡ay! de ustedes si vuelve a suceder... Sería capaz de dejarles sin comer.

—¡No, eso no, por Dios!—exclamaron a dúo—. Sí nos

priva usted de las delicias de su cocina somos hombres perdidos.

Ana María sonrió satisfecha ante el elogio y, haciéndoles sentar en la mesa, que ya tenía preparada, le dijo a Pablo:

—He preparado para usted un pescado que debe estar riquísimo. Ya ve cómo no me olvido de lo que le gusta.

—¿Y de mí no se ha acordado? Usted sabe que detesto el pescado—exclamó Alfredo.

—Pues no hay otra cosa — respondió sonriendo Ana María.

—Entonces me niego a comer en absoluto—protestó Alfredo—. Me declaro en huelga del hambre.

—No sea usted niño, hambre—respondió Ana María—. ¿Cómo querría que le olvidase? También tengo para usted preparado un asado delicioso.

La comida, como todas, fué un continuo reír y charlar de cosas sin importancia. Los dos amigos rivalizaban en azasajar a Ana María y ésta se sentía inmensamente feliz en la compañía de aquellos dos seres, a los que profesaba tanto cariño. Pero, sin embargo, el sentimiento que desde el primer día había despertado en ella Pablo se hacía cada vez mayor y cada vez más difícil de ocultar.

Al terminar la comida, Pablo sacó una carta y se la leyó a Ana María, diciéndole:

—He recibido una carta de la dueña de la casa donde trabaja, y que, por cierto, me habla de usted muy disgustada.

Ana María palideció extraordinariamente, pero Pablo se apresuró a tranquilizarla, diciéndole de nuevo:

—No ponga esa cara de asustada, que no es verdad lo que le he dicho, sino todo lo contrario. Vea usted lo que me dice en la carta.

Y leyó en voz alta:

“Amigo Pablo Hartman: Celebro poder comunicarle que la joven que usted me recomendó cumple perfectamente su cometido. Es amable, formal, muy capaz y, sobre todo, llena de buena voluntad.

Su amiga y servidora,

MADAME AURELA GLAP”

—Es muy buena esa señora al hablar de mí en esa forma. Yo no hago más que cumplir con mi obligación.

—Es que lo que ella alaba es precisamente eso. Sin embargo, nosotros estamos aquí manos sobre manos, sin acordarnos que hay que quitar la mesa y limpiar la vajilla —exclamó Alfredo.

—¡A ver, venga un delantal en seguida!—gritó Pablo.

Ana María, riendo al ver lo dichosos que eran sus amigos, les entregó lo que le pedían y, poco después, los dos jóvenes limpiaban los platos entre bromas de uno y otro, a la vez que ella se dedicaba a otras faenas.

De pronto, Pablo exclamó, como respondiendo a un pensamiento que desde hacía días venía persiguiéndole:

—Supongo que un día se nos acabarán estos buenos ratos.

—¿Por qué dices eso?—preguntó, extrañado, Alfredo.

—Hombre, porque supongo que pensará en casarse algún día.

—Eso mismo me he preguntado yo muchos veces—contestó Alfredo—. ¿Si será Ana María una buena esposa?

—Yo puedo contestarte que sí—exclamó Pablo—. Tengo la seguridad de que el hombre que consiga su amor será un ser dichoso.

Ana María había oído algunas de estas últimas palabras y, temerosa de que la conversación continuara por un sendero que ella comprendía peligrosísimo, se acercó donde estaban los dos hombres y le dijo a Alfredo, que pasaba sin cesar el paño por el plato:

—Deme usted acá, hombre de Dios. ¡Me lo va usted a gustar!... ¡Yo le dije que lo secase, pero no que sacase usted brillo.

Llegó, por fin, el momento terrible de siempre, el de tener que separarse, y Pablo exclamó:

—No puede usted figurarse, Ana María, lo dichoso que he sido esta tarde.

—Más lo he sido yo—respondió Alfredo, que no quería dejarse ganar.

—Pongamos que lo hemos sido todos y acertaremos—replicó Ana María, evitando la discusión.

—Usted siempre ha de ser el Ángel de paz—terminó diciendo Pablo.

Y ambos amigos salieron de aquella casa, donde tantas horas felices pasaban, al lado de la única mujer que había sabido apoderarse de su corazón.

LA GUERRA

Y una noche, inesperadamente, un espectro rojo, el espectro de la guerra, crispó sus falanges sobre las dos naciones vecinas. Las negociaciones que durante varios días habían estado celebrándose terminaron con una ruptura definitiva y cada país se preparó para lanzarse en la lucha fratricida. Los ejércitos fueron inmediatamente concentrándose y cuando más lejos parecía el terrible momento, éste se presentó en toda su imponencia.

Se hallaba Pablo acostado, cuando se presentó un soldado con un sobre cerrado, en cuyo exterior se leían las palabras "Orden de servicio".

"Primer teniente Pablo Hartman se incorporará a su regimiento inmediatamente de haber recibido esta orden.

Firmó la orden al ordenanza que esperaba y comprendió



Ana Maria entra in su casa



(En su casa)



- Yo le juro que esta noche ocurrirá



- ¿Cuanto azúcar? -



El amor de Helén, era dulce, azucarado.



Ano Maria lui a postarse ante la Virgen.

que aquell aviso llevaba oculta la noticia de la declaración de la guerra.

Instintivamente, pensó en Alfredo y sonrió burlescamente, exclamando:

—¿Pero cómo es posible que el Gobierno pueda disponer una arbitrariedad semejante?... ¿Cómo puedo yo ser enemigo de Alfredo, si precisamente es el único amigo que he tenido en mi vida?

Y después de este pensamiento, otro mucho más poderoso se apoderó de él: el de Ana María. Y al evocar su imagen sintió una tristeza infinita, un dolor inmenso por tenerse que separar de ella y, maquinalmente, tomó el teléfono, sin pensar en la hora que era, y pidió comunicación con el número de ella.

Se levantó sobresaltada la joven ante la intempestiva llamada y mucho mayor fué aún su inquietud al ver que se trataba de Pablo.

—¿Qué ocurre, Pablo?—preguntó.

—Nada de particular, Ana María. No se alarme. Se trata únicamente de que acabo de recibir la orden de incorporación de mi regimiento y quería despedirme de usted antes de marchar.

—¿Se va usted inmediatamente? — volvió a preguntar ella.

—En cuanto termine de arreglar mi equipaje. Me han dado el tiempo preciso.

—Entonces, aguárdeme, que yo iré en seguida a ayudarle—respondió Ana María.

—¿Vendrá usted?—preguntó con gran alegría el joven teniente.

—Sí—contestó ella—. Dentro de cinco minutos estaré en su casa. Téngalo todo preparado para cuando yo vaya.

Se vistió rápidamente y corrió a casa de Pablo, quien ya la esperaba con impaciencia.

—¿A qué se debe esta marcha tan imprevista?—preguntó Ana María—. Nada me había dicho usted hasta ahora.

—Es que yo tampoco lo sabía—respondió el teniente—. He recibido hace cuestión de una hora la orden de marcha. No me cabe duda de que se debe tratar de la guerra.

—¡Dios mío!—exclamó ella asustada—. Va usted a ir a la guerra, a exponerse a los peligros de las balas. ¡Quién sabe si ya no nos volveremos a ver!

Y ante aquel triste pensamiento, todo el amor que Ana María conservaba en su corazón, estalló con la fuerza violenta de un huracán y lloró amargamente.

—¿Por qué llora usted, Ana María?—le dijo él mirándola a los ojos.

—Porque temo por su vida, ante el peligro que va a correr.

—Yo creía que sería por otra cosa—respondió él, desalentado.

—¿Por otra cosa? — exclamó Ana María, mirándole, asombrada, ante el temor de que hubiera descubierto el profundo amor que desde hacía tiempo intentaba ocultar a sus ojos.

—Sí, Ana María—siguió diciéndole él—. Cref que sería por el mismo motivo por el que a mí me duele esta separación. No sé cómo podré vivir sin usted, sin oirla, sin estar a su lado, porque... la amo, la amo, sí, como jamás pude sospechar en la vida.

—¡Calle, por Dios!—protestó ella, alarmada—. ¡Usted no sabe lo que dice! Lo crítico de este momento le hace proferir frases que jamás hubiera pronunciado.

—Lleva usted razón. Este amor que desde hace tiempo llevo en el corazón jamás se lo hubiera declarado, ante el temor de ofenderla; pero ahora que nos vamos a separar, ahora que tal vez sea nuestra última entrevista, quiero que lo sepa usted. Desde el primer momento que la ví ocupó usted por entero todos mis pensamientos. Fué usted para mí la realización del sueño amoroso que se conserva siempre en el corazón hasta que se encuentra a la mujer deseada. Usted, Ana María, ha sido en este tiempo en que hemos vivido casi juntos la suprema alegría de mi vida.

—Pero, ¿no comprende usted que eso es imposible?—exclamó ella llorando más amargamente todavía.

—¿Imposible?... ¿Por qué?... ¿Acaso no es usted libre como yo?... ¿Quién puede impedir entonces que sea usted mi mujer, mi esposa adorada?

—¡Nunca, nunca seré su esposa, Pablo!—exclamó ella—. Su idea es irrealizable.

Ante la rotunda negativa de ella, Pablo quedó mirándola extrañado y, al fin, exclamó:

—¿Por qué esta negativa, Ana María?... ¿Acaso no me ama?

—Sí, Pablo—confesó ella sinceramente—. Le amo, le quiero con toda mi alma, pero por eso, porque le quiero más que a mi vida, no puedo acceder a su petición.

Y ante la mirada interrogativa de él, Ana María bajó avergonzada la cabeza y continuó diciéndole:

—Piense usted en lo que he sido y comprenderá que jamás puedo ser la esposa de un hombre honrado como usted. Si me aprovechas de este momento de sentimentalismo que le embarga, si aceptase su proposición, me consideraría el ser más indigno de la tierra, al pagar con semejante bajeza todo el bien que por mí ha hecho.

—¿Qué me importa a mí tu pasado, Ana María?—exclamó él, reteniéndola entre sus brazos—. Si sólo sé que te quiero, que te adoro. Sé que eres buena sobre todas las cosas y que mi única felicidad está en tu cariño.

—No, Pablo, no—volvió a negar ella—. Llegaría un día en que te arrepentirías de lo que piensas hacer hoy.

—Está bien—terminó diciendo él—. Si no aceptas a ser mi esposa, ahora que sé que me amas; si no quieres concederme la felicidad que tanto ansío, buscaré en el campo de batalla el olvido que necesito.

Había en sus palabras tanta resolución y en su actitud algo tan siniestro, que Ana María no dudó un instante de lo que había querido decir y se abrazó a él, exclamando:

—No, Pablo, eso no. Tu vida es para mí más querida que la mía. Toda mi sangre, gota a gota, daría por verte feliz. Seré tu esposa, lo que tú quieras; manda lo que tengo que hacer y yo me someteré sumisa como una esclava.

—Pues entonces, nada más que accedas a ser mi esposa. Dime tan sólo que me amas y me verás reír con la felicidad más grande de mi vida.

—Sí, Pablo... ¡Te amo!... Este es el momento de mayor dicha que he experimentado. Jamás creí que pudiera llegar a realizarse mi sueño y ahora que veo la realización de todas mis ilusiones temo, que no llegue el momento tan deseado.

Estrechamente abrazados, permanecieron durante largo rato, sin encontrar palabras con que poder decirse todo el inmenso amor que embargaba sus corazones. Eran dos almas gemelas que parecían volver de otra vida, de una vida muy lejana, para saborear las delicias de un nuevo paraíso creado por su amor. Se miraban a los ojos y reían felices, dichosos y en aquel mudo mirar se decían mutuamente cuán grande era la pasión que los unía, la que jamás podría separarlos.

Y a la misma hora, y en el domicilio de Alfredo Vernon, se presentaba también un soldado portador de una orden cuyo contenido decía escuetamente:

"Capitán Alfredo Vernon: Incorpórese inmediatamente a su regimiento."

Tuvo el mismo pensamiento que Pablo. Pensó en Ana María, en la mujer a quien amaba locamente, y le telefonó para notificarle su marcha. Esperó largo rato; en vista de que nadie le respondía y convencido, al fin, de lo inútil de su espera, salió en busca de su amigo.

Al encontrarse los dos amigos frente a frente, Alfredo,

que no había visto todavía a Ana María, le dijo a su compañero:

—He recibido orden de partir inmediatamente, Pablo... Mucho me temo que sea la guerra.

—Yo también he recibido la misma orden—respondió el teniente, riendo y abrazando cariñosamente a su amigo—. ¿Te imaginas tú y yo enfrente, como enemigos?

—Jamás lo he pensado—respondió el otro en el mismo tono de broma que su amigo.

—¡Y con orden de matarnos!... Es inverosímil, ¿verdad?

—Figúrate si porque nuestros Gobiernos no se entiendan vamos a romper nosotros una amistad tan firme como la nuestra—respondió el capitán—. Y, cambiando de pronto de conversación, le dijo a su compañero—: Estoy intranquilo por Ana María... He telefonado hace un momento a su casa y no estaba.

—Yo te devolveré por completo la tranquilidad — le respondió Pablo, tomando a su amigo por un brazo e introduciéndolo adonde estaba la joven arreglando el equipaje.

—Aquí tienes a Ana María—le dijo—, que acaba de acceder a ser mi esposa.

Alfredo sintió en su corazón todo el dolor de los celos y en el asombro de su mirada pudo leer Ana María la tempestad que amenazaba a la amistad de aquellos dos hombres que hasta entonces habían sido como hermanos. Alfredo se la quedó mirando con una sonrisa burlona, como dándole a entender que pensaba en otra cosa muy distinta de la pureza del sentimiento que unía a los dos jóvenes, y

Ana María, que adivinó su pensamiento, bajó la cabeza, avergonzada, y le suplicó humildemente:

—No piense mal, Alfredo... Estoy aquí desde sólo hace un instante... para ayudar a Pablo a preparar su equipaje.

—Ahora lo comprendo todo—exclamó Alfredo, poseído por unos celos irreprimibles—. Ahora comprendo que os habéis estado burlando de mí, que he sido para vosotros un simple muñeco... ¿Para esto te ha servido mi amistad, Pablo?... ¡Qué ciego... qué imbécil he sido!

Pablo no podía comprender las palabras de su amigo y es que él jamás había pensado que también pudiera amar a Ana María. En la ceguera de su amor, no había visto en la solicitud de Alfredo más que una pura amistad para ella, pero, sin embargo, Ana María lo había adivinado, había comprendido que los dos amigos se disputaban su amor y que tal vez este sentimiento, que sin querer había despertado en ambos, traería consigo una ruptura de la firme amistad que siempre había unido a los jóvenes oficiales. Ante esta idea, sintió un miedo terrible. Hubo momentos en que pensó huir, pero, no obstante, una fuerza mayor a su voluntad, algo invencible, que ella no sabía explicarse, la retenía y la obligaba a permanecer al lado de ellos, y era que el amor que sentía por Pablo se había adueñado de ella de tal forma, que cualquier tentativa de separación hubiera sido ya inútil.

Pablo, al oír expresarse de aquella manera a su amigo, sintió un íntimo desconuelo y exclamó:

—Pero Alfredo... ¿no comprendes que la amo con toda mi alma?

—¡También yo!—exclamó el otro, dominado por completo por los celos—. ¡Pero he sido más noble que tú... no he querido obrar a tus espaldas!

—Alfredo—exclamó Pablo intentando convencerlo—. Te juro que ninguno de los dos hemos obrado como tú dices. Sin duda, estás obscecado; pero yo te prometo que Ana María jamás ha oído de mis labios una palabra de amor hasta esta noche.

—¡Mientes!—exclamó Alfredo, cada vez más indignado y sintiendo por su amigo un odio irreconciliable—. ¡Lo único cierto que hay es que he servido de burla vuestra.

Y todo el cariño que sentía hacia el que fué su inseparable compañero se había trocado en aquel instante en un frenético deseo de venganza. Pablo era desde aquel momento su rival, mucho más odioso cuanto que él había conseguido el amor de Ana María, por el que Alfredo hubiera dado la vida. Entre los dos amigos acababa de romperse el santo lazo de la amistad. El egoísmo había aparecido, interponiéndose entre los dos y desde entonces la guerra quedaba declarada para ambos.

Pero Pablo, menos rencoroso, quiso convencer a su amigo y le dijo:

—Alfredo, juzga tu actitud de ahora y piensa que no responde a la amistad que siempre nos ha unido.

—Dices bien; ha sido una amistad que ha pasado, pero que desde este instante queda rota para siempre.

Ana María quiso intervenir, reconciliadora. Le dolía que por culpa suya, por la disputa de su persona, aquellos dos seres se separaran en un momento tan decisivo para la

vida de ambos, con el corazón predispuesto el uno en contra del otro.

—Alfredo—le dijo—, usted ha sido siempre para mí un amigo verdadero...

—¡Y así me lo paga usted, ¿verdad?—la interrumpió—. ¡No tiene nada que explicarme ni me queda nada que hacer en esta casa.

—¡Por Dios, Alfredo!—exclamó ella intentando detenerle—. No se marche usted sin una explicación—. Y, viendo que no la hacía caso, procuró la intervención de Pablo, diciéndole:

—Háblale tú; no le dejes marchar así, sin que os estrechéis las manos, como lo hacíais antes de conocerme. Nunca me perdonará el ser la culpable de que se hubiera roto por mi culpa una amistad como la de ustedes—. Y, viendo que ninguno de los dos hacía ademán de satisfacer su petición, imploró de nuevo, llorando:

—Se lo ruego a los dos... Háganlo por mí.

Tuvo que ser Pablo, corazón menos rencoroso, quien se acercó a su amigo y le dijo:

—Alfredo, olvido tus palabras ofensivas y jamás me acordaré de ellas; sólo te ruego que le pidas perdón a Ana María... Es lo único que te suplico... No manchemos con el rencor esta hora de separación. Seamos los amigos de siempre, los hermanos queridos.

—¡Esta hora es la tuya!—exclamó Alfredo, sin aceptar la mano que le ofrecía el teniente—. ¡Aprovéchala!... ¡La mía será cuando mis tropas entren vencedoras aquí.

Y sin querer escuchar más explicaciones, salió de la casa de su rival, a quien desde aquel instante odiaba a muerte. En el corazón de Alfredo se había encendido una hoguera, cuyas llamas eran muy difíciles de apagar: los celos, y todo su pensamiento se concentraba en aquellos momentos en la hora ansiada de poder llegar sus tropas triunfantes a apoderarse de la capital y tener entre sus manos a Ana María. ¡Ah, cómo gozaría en la venganza! El se la había robado a traición, y a traición le robaría él también el amor de aquella mujer, a quien tanto deseaban sus instintos de hombre. Porque en el amor de ambos amigos había una diferencia enorme. El de Pablo era dulce, quietada, sin reminiscencia pecaminosa, mientras que Alfredo estaba enamorado, no del alma pura de Ana María, sino de la belleza de su cuerpo estatuario, que le hacía pensar con los voces indecibles de un amor pagano y culpable.

Ana María lloraba dolorosamente el haber sido la causa de aquella separación y Pablo trató de tranquilizarla diciéndole:

—No te aflijas: Alfredo es bueno y en este momento está en un error, del que pronto se convencerá. Ya verás cómo no tarda mucho tiempo en que lo veas otra vez unido a mí por los mismos lazos de amistad.

Pero ella, más conocedora del sentimiento que había despertado en el corazón del capitán, sabía firmemente que jamás volverían a ser los amigos antiguos, aquella amistad quedaba rota para siempre y había sido ella quien había suscitado la disputa entre los dos amigos...

El momento de la marcha había llegado y Pablo quiso

darle la prueba de su amor entregándole el objeto que más apreciaba en su vida. Se quitó una sortija, que siempre llevaba puesta, y entregándosela a Ana María, le dijo:

—Esta es la alianza que siempre llevaba mi madre. Tómala; tú también eres digna de llevarla. Procura no mancharla nunca, como ella supo hacerlo.

Aquel acto de confianza llenó el alma de la joven de inmensa gratitud y, abrazándose a su amado, exclamó:

—;Yo también sabré hacerme digna de ella! ¡Te lo juro por el recuerdo santo de tu madre!

LA LUCHA

Todos habían oído hablar de la guerra como de un fantasma horrible, cuyos efectos eran aterradores; pero, apesar de ello, ninguno podía darse cuenta exacta de lo que en sí representaba esta palabra. La guerra no era solamente el que los hombres se mataran como fieras en los campos de batalla, no eran solamente los sufrimientos a que se veían sometidos aquellos pobres seres y el dolor de sus familiares; era todavía algo peor, puesto que consigo llevaba la desolación y el hambre.

A los pocos meses de haber sonado el primer disparo, los hombres empezaron a escasear en las fábricas y talleres, el campo iba abandonándose poco a poco, falto de brazos que lo labraran, porque el monstruo terrible pedía cada vez más vidas, más seres con que saciar su apetito infernal,

y la nación, día tras día, iba entregando sus hombres, como una madre que ve huir de su lado a los hijos queridos. Aquella escasez trajo consigo la necesidad de que fueran las mujeres las que se encargaran de realizar las faenas que antes habían sido encomendadas a los hombres, y con el heroísmo propio de su sexo, ninguna se negó al sacrificio que la patria exigía de ellas. Habían dado cuanto puede pedirse a un ser: hijos, esposo, padres, novios y, últimamente, entregaban en las rudas faenas sus fuerzas. Hacían el trabajo calladas, sin estreverse a hablarse una a otra, porque sabían que en cada compañera tenían un ejemplo de abnegación. Inútil buscar consuelo en ninguna, porque ninguna podía darlo, puesto que todas tenían allá, no sabían dónde, en el lugar de la muerte y de la destrucción, seres queridos, por quienes lloraban constantemente con la resignación de las almas heroicas. En cada hogar vivía un drama, una tragedia que agobiaba a los seres que lo habitaban y, mientras tanto, los hombres, como manadas de seres inconscientes, seguían matándose...

Ana María también aportaba su grano de arena a aquel edificio que amenazaba con abogar las dos naciones. Había ido, como otras muchas, a cuidar de los campos y sus manos, que parecían hechas solamente para acariciar, supieron de la dureza del arado...

El enemigo había ido avanzando hacia la ciudad, cada vez se oían más cerca las detonaciones del mortífero cañón y entre las tropas enemigas, que pugnaban por asaltar a la capital, estaba Alfredo Vernon, ostentando ya las insignias de coronel. No habían sido suficientes aquellos

meses de lucha para borrar de su corazón el odio que se había engendrado contra Pablo. Cada día el aguijón de los celos ahondaba más en su alma y esperaba el momento de satisfacer su venganza con la loca alegría de un demente.

Ennegrecidos los rostros por el humo de la pólvora y el polvo de los caminos, aquellos seres parecían pertenecer a un mundo distinto. En la mirada de cada uno de ellos se advertía un signo de inquietud, de desaliento por aquella guerra fratricida, eran autómatas que se movían inconscientemente al toque de corneta o a la voz de mando de un superior. En el campamento donde se hallaba Alfredo, la metralla enemiga se hacía sentir cada vez con más intensidad, y reunidos en Consejo los oficiales, el coronel Vernon expuso la situación diciéndoles:

—Es inútil que pretendamos permanecer por más tiempo en esta situación de inactividad. El enemigo no nos deja tranquilos y es preciso acabar de una vez. Conocen ya todas nuestras posiciones y la culpa es de ese maldito Karlison, ese espía de Limberti, que obtiene sus informaciones en nuestras propias líneas... Pero hoy tomaremos la ciudad, cueste lo que cueste, ese Karlison caerá en mi poder, aunque tenga que fusilar a todos los habitantes de Limberti.

Amaneció el día lluvioso, como presagio del drama que se aproximaba. El cielo se hallaba cubierto de un tono gris, que hacía más tétrico el ambiente, y se veía a los soldados correr de un lado a otro, llevando órdenes. Los oficiales inspeccionaban a sus subordinados y todo hacía presagiar que algo anormal ocurría en la población. Pero

las órdenes eran secretas; se creía conjurar el peligro hasta el último momento y nadie se había movido de su sitio.

Como todas las mañanas, Ana María acudió aquélla a la oficina de correo, donde la correspondencia era intervenida por la autoridad militar, en busca de noticias de su amado.

Aquella vez tuvo más suerte que otras; un empleado le entregó un sobre, que ya había sido abierto, a la vez que le decía maliciosamente:

—¡Que sea enhorabuena, muchacha!

Ana María no se fijó siquiera en el tono con que habían sido pronunciadas estas palabras y sacó el escrito del interior del sobre para leer con avides su contenido.

—Ana María querida: Al fin, voy a volver a verte, aunque no sea más que un momento.

El sábado a medio día acude a casa del párroco Roderick, en Volni. El nos unirá para siempre.

Te abraza con infinito amor tu

PABLO"

Al terminar la lectura, Ana María estrechó contra su pecho la carta del amado y besó apasionadamente aquel nombre, que era para ella toda la felicidad de su vida. Pero no se contentó con leerla una vez; quería gozar de aquella dicha, como si en vez de un escrito fuera el mismo Pablo quien le dijera aquellas palabras. Para ello salió de la oficina de Correos y se paró en una calle solitaria, resguardada contra un muro. Por delante de ella comenzaron a pasar precipitadamente los soldados; pero ella perma-

neía insensible, sin darse cuenta siquiera de las detonaciones que atronaban el espacio. En aquellos momentos, Ana María vivía fuera de la realidad y todo su pensamiento se condensaba en la idea que dentro de poco podría volver a ver al hombre amado, sentirse entre sus brazos, oír de sus labios las dulces promesas de amor y convertir en realidad aquel acariciado sueño de pertenecer a él para toda la vida.

De su inconsciencia la sacó un oficial que, pasando a su lado, le dijo:

—¿Qué hace aquí, muchacha?... ¿No ve que el enemigo está bombardeando a la población y que es preciso huir?

Fue a preguntarle, pero ya había desaparecido, y cuando pretendió huir, la explosión de una granada le cerró el paso y pretendió cobijarse detrás del muro en que se hallaba recostada.

Pasó así varios minutos, hasta que, al volver la cabeza, se encontró con el hombre que tan despectivamente la había tratado la noche en que conoció por primera vez a Pablo. A su lado había dos personas: una mujer, joven todavía, y su esposo, que, como ella, procuraban ponerse a salvo de los proyectiles del enemigo.

Ana María sintió un miedo horrible al verse junto a aquel hombre, que venía a recordarle una vida que había olvidado, que creía que nunca más se le volvería a presentar; pero así él, que, separándose repentinamente de ella, la miró con profundo desprecio, como si temiera el contagio de su persona.

Las granadas enemigas continuaban destrozando edificios, las torres de las iglesias se desplomaban estrepitosamente y los más sólidos edificios caían como si una mano titánica e invisible los arrastrase vertiginosamente hacia el abismo. El estruendo era horripilante y Ana María, lo mismo que los otros seres que con ella se hallaban, metidos entre dos fuegos, parecían enloquecidos ante la magnitud de los hechos que se desarrollaban a su vista.

Fue la primera vez que la joven sintió por su vida, tuvo miedo de morir, de morir sin poder volver a ver a Pablo, que tal vez a aquella hora ya estaría en Volni esperando su llegada.

La mujer que se hallaba allí se acercó a Ana María y le preguntó:

—¿Usted es también de Limberti?

Antes que pudiera ella contestar, aquel ser antipático que la había conocido en otra ocasión, sin tener en cuenta para nada el momento en que se hallaba, se interpuso y exclamó despectivamente:

—¡Es una mujer del arroyo!!... ¡Carne infecta de la calle!

Ana María sintió agolparse en sus sienes toda la sangre, pero calló ante la ofensa recibida, comprendiendo que aquel hombre podría descubrir su verdadera vida antigua. Bajó finalmente los ojos avergonzada y la dama se retiró inmediatamente de su lado.

El caballero que la acompañaba intervino en la conversación, diciéndole al acusador:

—Me parece que es buena la compañía que tenemos. Yo tengo mi coche disponible y podremos llegar hasta Volui antes de que nos sorprenda el enemigo.

Ana María, al oír que podían ir a Volui, al lugar donde estaba Pablo, se acercó a él y sumisamente, como el ser hambriento que solicita una limosna con que acallar el hambre, le dijo:

—Si usted quisiera podría llevarme también a Volui. Se lo agradecería con toda el alma.

—¿Está usted loca?—exclamó el desconocido—. Mi mujer no puede codearse con cierta clase de seres... No tenga miedo, a las mujeres como usted lo mismo le da pasar del poder de un país al de otro.

Ana María recibió en pleno rostro aquella bofetada y comprendió que poco podría obtener de aquellos tres seres sin alma, que influenciados por un falso prejuicio, huían de ella como de un apestado.

En aquellos instantes el ejército enemigo acababa de entrar en la ciudad y la soldadesca lo arrollaba todo. Iban como locos, jadeantes, de un lado para otro, y a la cabeza de todos el coronel Alfredo.

¡Lámberti!... ¡Por fin, iba a vengarse del hombre a quien tanto odiaba! Y, bajo la posesión de aquella idea, llamó a su ayudante y le ordenó:

—Que se vigilen todos los caminos y que nadie salga de la población, bajo ningún pretexto. Además, háganlo saber por medio de un bando.

—A la orden—respondió el subalterno alejándose del

coronel y quedando poco después fijado en las calles de Limberti un bando que decía:

“BANDO

Cualquier persona que intente abandonar a la ciudad sin permiso de la autoridad militar, viola uno de los artículos de las Leyes Marciales e incurre en la pena de muerte, por ser considerado como espía.

Comandante-Jefe de la División especial. — *Coronel Vernon.*”

Una vez asegurado por este lado de que ningún habitante de la ciudad intentaría escapar de ella, Alfredo se dirigió a la catedral con el propósito de establecer en ella su Cuartel General.

Ajeno a la lucha de los hombres y a aquella horrible matanza, en la soledad del claustro, había quedado un sacerdote orando fervientemente.

Alfredo, pasada la primera impresión que le causó la vista del religioso, se acercó a él y le dijo:

—¿Cómo es que se ha quedado usted aquí?

—Soy el padre Roche, el más antiguo de cuantos sacerdotes vivían en la Catedral, y no he querido alejarme.

—Entonces, ¿sabrá usted ya que Limberti está conquistado y que pienso establecer aquí mi Cuartel general?... Por lo tanto, debe usted marcharse cuanto antes.

—Haré cuanto usted guste—respondió con sumisión el sacerdote.

—Y he de advertirle—exclamó el coronel antes de que el padre Roche saliese del templo—que hay prohibición absoluta de salir de la ciudad... Toda tentativa será castigada con la muerte, padre Roche.

El sacerdote, sin darle importancia a la advertencia que se le hacía, salió de la sagrada casa y Alfredo se reunió con sus oficiales para estudiar el plan de detener al enemigo, que, según noticias, avanzaba para libertar a la ciudad.

Ana María, con la carta que llevaba en la mano de su prometido, lloraba amargamente al ver que era imposible salir de la población, so pena de ser descubierta y pasada por las armas; pero, ante la idea de que Pablo pudiera pensar que le hubiese ocurrido algo malo o que dudase de su cariño, adoptó una resolución enérgica, como únicamente sabía hacerlo aquella mujer, cuya alma estaba templada contra las adversidades de la vida.

Suplicó inútilmente a los que con ella se habían resguardado de las balas y no obtuvo de ellos más que palabras de desprecio y ofensa. En vista de ello, se decidió a emprender el camino por sí mismo, procurando pasar desapercibida para las tropas enemigas. Afortunadamente para ella, el enemigo, embriagado por la fácil victoria obtenida, había descuidado algo la vigilancia de la frontera y no le fué difícil a Ana María atravesar las primeras líneas. Ya se creía a salvo, cuando, de pronto, fué sorprendida por una patrulla, cuyo oficial le dijo:

—¿No sabe usted que está prohibido salir de Limberti?

—Lo sabía, señor—contestó Ana María—. Pero no tengo más remedio que marchar a Volni y por eso me he atrevido.

—¿Y puede usted decirme qué es lo que tiene que hacer en una población enemiga?

La joven, creyendo conmover al oficial con el relato de sus desgraciados amores, no dudó en decirle:

—Me espera allí el teniente Pablo Hartman para contraer matrimonio conmigo.

—¿No será, quizá, para tener alguna confidencia?—exclamó el oficial.

—Le juro que no, señor—volvió a decirle Ana.

—Bueno, sea como sea, no tendrá más remedio que volver a la ciudad y declarar ante el coronel. Si es verdad lo que dice, él le dará un pasaporte y entonces podrá salir; mientras tanto, queda usted detenida.

Hizo una seña a los soldados y éstos la colocaron entre ellos, conduciéndola adonde habían otros varios detenidos. Apenas los vió, reconoció en ellos a los mismos personajes que momentos antes se habían negado a llevarla con ellos y al padre Roche, que también había intentado pasarse al enemigo.

El oficial que había detenido a Ana María se dirigió a todos los prisioneros y les dijo:

—Van ustedes a ser conducidos a presencia del coronel, para ser juzgados inmediatamente. Han contravenido uno de los artículos de las Leyes Marciales y eso se paga con la vida.

Aun en aquella situación tan crítica para todos, Ana María vió en el semblante de sus compañeros el desprecio con que la trataban, excepto el padre Roche, que se le acercó y le dijo:

—¿También usted ha sido detenida?

—Quería pasar a Volni y cuando ya casi lo había conseguido una patrulla me descubrió.

—Pero sabiendo la orden dada, ¿cómo se atrevió usted a eso?

Porque en Volni me esperaba el hombre que amo y pensábamos casarnos hoy—respondió Ana María.

El padre Roche, impresionado por el acento de bondad y de dulzura de la joven, le dijo conmovido:

—¡Pobre niña!... ¡Qué diferente va a ser para usted este día de como se lo habría pensado! Pero la resignación es el supremo don de la fe cristiana y no debe usted olvidar que más sufrió nuestro Señor.

Y con el corazón sangrando de dolor y el pensamiento sumido en el dulce recuerdo del ausente, Ana María continuó el camino, hasta que, por fin, llegaron a Limberti y fueron conducidos a presencia del coronel.

ENTRE DOS AMORES

Los primeros en entrar fueron el padre Roche y los otros tres detenidos. El coronel Alfredo se encaró con el sacerdote y le dijo:

—¿No sabía usted que estaba prohibido salir de la ciudad sin un permiso especial mío?

El padre Roche calló, sin intentar siquiera responder a la pregunta, y Alfredo Vernon continuó diciéndole:

—Bien, padre Roche, ¿con que en vez de obedecer mis órdenes, se disponía usted a huir?

—No era mi intento—respondió sumisamente el sacerdote—. Sabía que el padre Roderick había sido muerto en el último bombardeo del hospital de Volni y yo iba a sustituirlo...

Entonces, el coronel se encaró con los demás prisioneros, preguntándoles lo mismo, y, después de las excusas que éstos intentaron dar, volvió a decirles:

—Si en algo estiman su vida, pueden salvarla a condición de que me digan dónde está un tal Karlisson.

—No le conocemos—respondieron los otros.

—¿No quieren ustedes hablar?... Está bien. Todo el peso de la justicia caerá sobre ustedes y...

Fué interrumpido en aquel instante por el oficial, que, creyendo terminado el interrogatorio, se presentó diciéndole:

—Mi coronel, hay otra prisionera, que se ha encontrado en el camino del Volni.

—Pásenla en seguida—ordenó Vernon, y momentos después, Ana María y él se encontraron frente a frente.

Al verlo Ana María, tuvo la idea de que nada malo podría ocurrirle. Nadie mejor que Vernon sabía que era verdad cuanto decía y se acercó a él, incluso alegre de verlo a ver.

Alfredo no pudo evitar un gesto de sorpresa. La venganza que tanto había soñado se le presentaba ahora de improviso y quiso aprovechar la ocasión. Para ello llamó al oficial y le dijo:

—Conduzcan estos prisioneros detenidos y que preparen el pelotón de fusilamiento, hasta que yo dé la orden de la ejecución.

La otra dama dió un grito de terror y se lanzó a los pies del coronel, diciéndole:

—¡Por Dios, señor!... Tenga usted compasión de nosotros; no hemos hecho nada malo y nuestro único deseo era reunirnos con los nuestros.

Pero Vernon, incommovible a aquellas súplicas, volvió a ordenarle al oficial:

—Conduzcan a estos presos... Quiero interrogar a solas a esta mujer.

Y señaló a Ana María, quien, al salir sus compatriotas, se acercó al coronel y le dijo, con cierto reproche:

—Alfredo, yo no le creía a usted capaz de tratarnos con tanta crueldad. Nosotros no hemos hecho nada malo.

Alfredo Vernon, por toda respuesta, le preguntó secamente:

—¿Dónde está Pablo?

—Precisamente a eso iba a Volvi—respondió Ana María—. A reunirme con él para celebrar nuestro matrimonio...

—¿De modo que no están ustedes casados todavía?—inquirió Vernon.

—Lo estamos en nuestros corazones—contestó ingenuamente Ana María—. El me ha dado la alianza de su madre... Me ha llamado su esposa.

Vernon se paseaba por la estancia, preso de un nerviosismo que agitaba todas sus facciones, y Ana María, en vista de su silencio, le preguntó tímidamente:

—¿Qué va usted a hacer de esas gentes, Alfredo... de ellas y de mí?

—Estamos en la guerra—contestó enérgicamente Vernon—. ¡Ellos y usted presentarán la cara al pelotón!

—¿Y será usted capaz de tal crueldad, de sacrificar ese puñado de vidas, solamente por un deseo de venganza?

—Es la Ley y tengo que sujetarme a ella—respondió el coronel—; pero, sin embargo, Ana María, yo no puedo hacer eso, porque te amo... te amo como un loco y no he podido olvidarte.

Ana María, ante la actitud de acometividad de aquel hombre, retrocedió unos pasos azustada y él continuó diciendo:

—¡Esa mujer y los que la acompañan encontrarán el medio de salvarse si accedes a mis deseos!

Y, acercándose donde estaba ella, intentó besarla en los labios, mientras que la sujetaba fuertemente entre sus brazos.

Ana María hizo un esfuerzo y consiguió separarse de aquel abrazo bochornoso, que tal vez ella hubiera dado involuntariamente en signo de amistad, y exclamó indignada:

—¡Qué infame... qué malvado!... ¡Nunca le hubiera creído capaz de traicionar de ese modo a un amigo!... ¡Le odio, sí, le odio, tanto como antes le apreciaba!

—Ya me importa poco todo lo que no sea usted—exclamó Vernon, algo más sereno—. Y si quiere salvarse y salvar a esos infelices, ya sabe cuál es el medio.

Llamó seguidamente a unos soldados y la hizo conducir adonde estaban los demás prisioneros, a quienes les dijo:

—La ejecución será dentro de veinte minutos, a menos que...

Todos miraron ansiosamente al coronel, esperando la íntica esperanza que les daba, y éste siguió diciendo, con aparente tranquilidad:

—...a menos que esta mujer—y señaló a Ana María—comprenda y se decida a salvarles. Para ello, Ana María, debe usted venir a buscarme, "por su propia voluntad".

Ana María se levantó indignada del taburete donde se había dejado caer y exclamó enérgicamente:

—¿Quiere usted saber mi respuesta?... ¡Nunca seré su esposa... nunca faltaré a la fe jurada!... ¡Prefiero antes la muerte!

—Le doy veinte minutos de plazo—respondió con cínica sonrisa Alfredo.

—¡Jamás iré a buscarle!... ¡Jamás, ¿lo oye?, jamás!

Vernon se alejó del calabozo donde había sido encerrados los prisioneros y Ana María exclamó con el alma traspasada por la pena que sentía en aquellos tristes momentos de su vida:

—¡Pablo... mi Pablo!... ¡Tuya o de nadie!... ¡Te lo juro!

El padre Roche, separado de los otros tres prisioneros, no apartaba los ojos de Ana María y su decisión le había bastado para comprender de que aquella joven sería capaz de todos los sacrificios por salvar a su amado. Vió la nobleza de su alma y sintió por ella todo el profundo cariño y simpatía que inspiran los seres heroicos, que antes de mancharse con la infamia son capaces de perder la vida.

En el otro grupo se cuchicheaba, mientras que la dama no dejaba de llorar y el soberbio señor, que en dos ocasiones

había despreciado a Ana María, consultó su reloj y vió que habían pasado cinco minutos. El egoísmo propio de todos los seres bajos y miserables se pintaba en su rostro, y ante la idea de tener que morir, olvidó su soberbia y se acercó a Ana María, diciéndole:

—Yo creo que usted podría salvarnos. Después de todo, lo que propone el coronel es únicamente que acceda a ser su esposa.

—¿Y usted sabe lo que eso supone para mí, que amo a otro hombre?—exclamó ella.

—No lo comprendo. Lo único que sé es que nuestras vidas dependen de usted y no será tan mala que nos deje morir. Yo le suplico, piense usted en nosotros y jamás olvidaremos su noble acción.

Ana María le miró despreciativamente y exclamó:

—¿De modo que ahora se humilla usted ante la que tanto despreciaba?

—Es que ahora se trata de una cuestión de vida o muerte.

—De vida o muerte se trataba también hace un momento, cuando yo le supliqué que me llevaran a Volni, y acuérdesese de lo que me contestaron.

—Era muy diferente—contestó el individuo, sin dejar de consultar el reloj—. Ahora se trata de "nuestras vidas".

—¿Su vida... sí!—exclamó con el mismo desdén Ana María—. No puede usted ocultar su egoísmo y todo lo quiere sacrificar para salvar su vida. Pero yo tengo que salvar algo más grande que mi vida y no me vende por tan poca cosa.

En vista de que la tentativa de él no daba resultados, el compañero de la dama se acercó a ella y cayó a los pies de Ana María suplicándola:

—Comprenda usted, señora... Yo no le suplico por mí, sino por mi esposa... Soy rico... le daré a usted cuanto pida.

Aquella nueva ofensa excitó aún más a Ana María, que, levantándose, se dirigió hacia él en tono amenazador y le dijo:

—¿Cree usted, acaso, que yo me vendo como una cualquiera?... ¡Miserable, hipócrita!

Entonces intervino la dama, suplicando como su marido:

—Por Dios, señora, no sea usted cruel. Piense en que todavía somos jóvenes y podemos disfrutar de la vida. La propuesta del coronel no es bochornosa y, además, es hombre que no es despreciable.

Entre los tres pretendían aturdira y Ana María, desesperada, corrió hacia donde estaba el sacerdote para refugiarse entre sus brazos, diciendo:

—¡Dígales que no puedo faltar a mi juramento, padre!... Dígales que me dejen tranquila y que se dispongan a morir como buenos cristianos...

El sacerdote acarició dulcemente la cabeza de la joven, que tenía entre sus brazos, y se la llevó lejos del lugar donde estaban los otros, que intentaron seguirlos. A una señal del religioso se detuvieron, con la más terrible ansiedad pintada en el rostro de cada uno. No era difícil adivinar el pánico que los invadía en aquellos momentos

y el egoísmo de sus almas viles y sin átomo de compasión se reflejaba clarivamente en ellos.

El padre Roche procuró hablarle a la joven de forma que nadie más que ella lo oyera y le dijo:

—Hija mía, la hora es muy grave... Es la hora de los grandes sacrificios.

—Pero yo no puedo faltar a mi amor—exclamó, sorprendida, Ana María.

El sacerdote, sin tener en cuenta su contestación, siguió diciéndole:

—Hija mía, va usted a repetir el juramento que voy a dictarle...

Le presentó un crucifijo que llevaba prendido en los hábitos y empezó el juramento, que Ana María repetía, sin pensar adónde iba a llevarla.

—Yo, Ana María, juro no revelar a nadie lo que diga o haga aquí esta noche.

Cuando obtuvo el juramento de la muchacha, el padre Roche, después de cerciorarse de que nadie los oía, le dijo:

—Yo no soy un sacerdote, hija mía—Ana María abrió los ojos desmesuradamente, sobrecogida por aquella declaración, y continuó diciéndole—: Yo soy el espía Karlsson. Si nuestros enemigos conocieran mi personalidad no podría salvarme ni su mismo sacrificio. El triunfo de nuestro ejército, la vida de millares de soldados, depende de mi llegada esta noche a nuestras líneas. Aquellos seres, en-

tre los que se encuentra su amado, no vacilan en sacrificar sus vidas... Usted no debe vacilar en sacrificar su felicidad y su dicha en aras de la patria.

Las palabras del espía habian entrado en su alma, indicándole un rumbo completamente distinto del que queria seguir. Tenia razon aquel hombre. Otros muchos seres sacrificaban sus vidas, su felicidad, cuanto amaban en el mundo, y ella tal vez podria salvar a todos esos miles de soldados de una muerte segura. El mismo Pablo, ¿no la habria rechazado al ver que no se habia decidido a aceptar el sacrificio?... ¿Y no podria ser él mismo uno de aquellos a quienes su negativa acarrearía la muerte?

Y ante esta idea quedó aplomada, llorando amargamente.

Karlison se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Cumplir como debo—respondió enérgicamente Ana María—. Usted me ha indicado el camino que debo seguir y lo seguiré hasta el fin, aunque me cueste la vida.

—La Patria sabrá algún día premiar su sacrificio, Ana María—respondió Karlison, estrechando conmovido las manos de la joven, que se separó de él para dirigirse a la puerta del encierro.

Los demás compañeros, seguros de que el sacerdote la habia convencido, quisieron acercarse a ella, para darle las gracias, pero ahora el espía era quien se interpuso y les dijo:

—Déjela tranquila. Podría mancharse con el contacto de unos seres como vosotros. Su alma es mucho más supe-

rior que la vuestra. Cabe abandonarlo todo, sacrificarlo todo por el bien ajeno, sin ese egoísmo que os consume.

Los prisioneros, sin poder comprender las palabras del religioso, que por tal seguían teniéndolo, retrocedieron y dejaron el paso libre a Ana María, que poco después desapareció por uno de los pasillos, acompañada de varios soldados que la conducían a presencia del coronel.

Había luchado Ana María entre dos amores inmensos: el amor de su corazón y el amor de su Patria. Ninguno había vencido al otro y fué preciso que un sentimiento de profunda piedad embargara su alma para que olvidase aquel supremo juramento que había hecho a Pablo.

Cuando Alfredo la vió llegar sonrió maliciosamente y le preguntó:

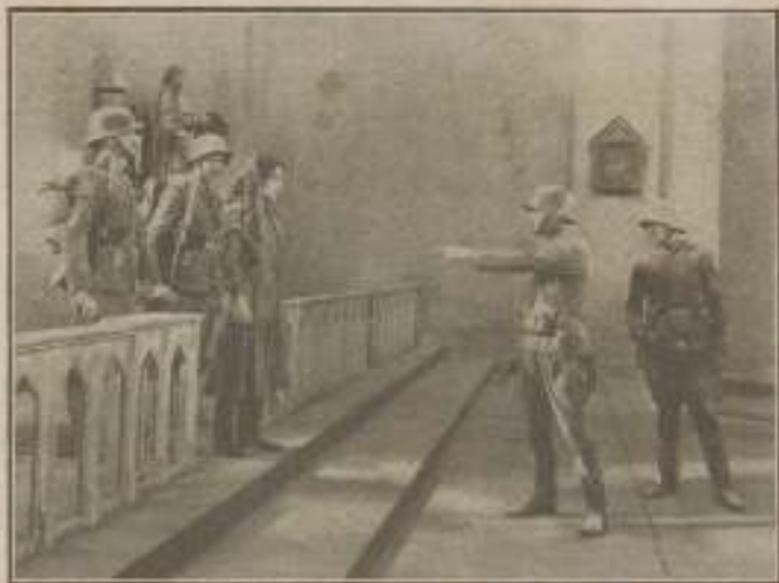
—¿Viene usted a salvar a esos desgraciados de la muerte que les espera?

Un sollozo ahogó las palabras de Ana María y Alfredo se acercó a ella, diciéndole:

—No tema, Ana María; yo le aseguro que sabré hacerla dichosa, que le daré toda la felicidad que se merece. Olvide a ese hombre.

—Jamás podré olvidarlo—exclamó Ana María—. Si él se encontrase en su situación se mostraría con más nobleza, no pretendería abusar del vencido, como usted. ¡Le odio tanto como antes! Acepto a ser su esposa solamente por la vida de esos desgraciados, por evitar su muerte.

Alfredo, a pesar de las palabras despectivas de Ana María, sentía con más fuerza que nunca la avasalladora pasión que lo dominaba y pretendió acercarse a la joven



Quiero interrogar a solas a esta mujer.



Tu vida es para mí más querida que la mía.



Yo también séis hacerme iluzta en ella



Ellos y usted presentarán la noche al público



Hija mía, es la hora de las grandes sorpresas



Ya lo amo, no he amado a ningún hombre más que a él

para estrecharla entre sus brazos; pero ella, instintivamente, retrocedió, a la vez que daba un grito, diciéndole:

—¡No me toques!... Cuando sea su esposa podrá disponer de mí como le parezca, pero todavía soy libre. ¡Le odio tanto que su sola presencia me da horror!

—Entonces, ¿por qué ha venido?... Si se arrepiente de su acto, todavía puede volver al calabozo; está usted en libertad de hacer lo que quiera, pero piense que ahora no daré tregua ninguna y que mi cólera será implacable.

Ana María, ya en el dintel de la puerta, se detuvo al oír sus últimas palabras y cayó sobre una silla, llorando amargamente. Él quiso aprovechar aquel momento de desfallecimiento y se acercó a ella, con los ojos centelleantes por el deseo que lo aprisionaba, trémulo de emoción, al ver que su venganza estaba a punto de realizarse. Iba a quitarle al "otro", a Pablo, la mujer adorada y llevar a efecto su amenaza. En la disputa por aquella mujer, le había llegado la hora de declararse vencedor y aprovechar su ventajosa situación.

DESPRECIADA

Los prisioneros esperaban ansiosamente el resultado de la entrevista de Ana María con el coronel, cuando se presentó un oficial y les dijo:

—El coronel ha dado orden de que queden en libertad, pero que se abstengan de salir de la ciudad.

La alegría experimentada por aquellos seres fué indescriptible, pero ninguno de ellos se acordó de la pobre mujer que había sacrificado su felicidad para salvarles la vida. Era la ingratitud humana que se ofrecía con toda su evidente claridad, olvidando las penas ajenas para no pensar más que en sí mismo, aun cuando, como en esta ocasión, su ventura fuese conseguida a costa de tantas lágrimas amargas.

Mientras que ellos salían de la prisión, Ana María, libre de la presencia del coronel y comprendiendo que había perdido para siempre el amor del hombre adorado, corrió a postrarse ante la imagen de la Virgen venerada en la catedral y depositó a sus pies la alianza que Pablo le entregara. Había jurado que la llevaría mientras fuese digna de él y ahora no se consideraba como tal. Había quebrantado la fe jurada. ¿Por qué? No le importaba. Sólo pensaba en la traición que había cometido a su amor, aun cuando fué para salvar la vida de tantos seres, y arrodillada ante una sagrada imagen, elevó sus súplicas, diciéndole:

—Madre mía, perdón. Si creéis que soy merecedora a tantos sacrificios, yo acataré vuestra divina voluntad con la resignación debida, pero librarlo a "él", que viva, que encuentre la felicidad que yo le he robado, que sea dichoso...

Las lágrimas acudían a sus ojos y los suspiros cortaban sus palabras. Cualquiera, por insensible que fuese, al verla postrada de aquel modo, al oír sus lamentos y comprender todo el amor que encerraba el corazón de aquella mujer extraordinaria, no habría dudado de tenderle los brazos para ofrecerle un consuelo a su desesperación. Pero Ana María se encontraba sola, completamente sola, y solamente el fervor de su corazón venía a ser como un lenitivo para su desgracia.

Al otro lado del enemigo, Pablo Hartman, también sufría por la ausencia de su amada. No se explicaba por qué no había acudido a la cita que le daba y su desesperación se traducía en impaciencia por atacar a Limberti y ente-

rarse de lo que allí había sucedido. Cada minuto que pasaba le parecía un siglo y la espera de Karlison se hacía cada vez más desesperante.

No pudo contener por más tiempo su impaciencia y le dijo a su jefe:

—Me parece que ese Karlison ha debido morir en el ataque a Limberti. Ya es hora de que esté aquí y todavía no se ha visto.

—Sin embargo—respondió el jefe de las fuerzas—, no tenemos más remedio que esperar a Karlison, que nos traerá los datos necesarios para el contrataque.

Permanecieron durante más de media hora en la trinchera, inspeccionando el campo, hasta que, al fin, vieron deslizarse un grupo y Pablo ordenó a uno de los soldados:

—Arrojad un cohete luminoso para ver quién es el que se acerca.

Segundos después, una parte del campo quedó iluminada y pudieron ver que se trataba de Karlison, que se dirigía hacia el campamento.

Cuando llegó a él, el jefe le dijo:

—¿Cómo ha tardado tanto, Karlison?

—Creí que no podría volver. He estado condenado a muerte, en unión de otros prisioneros, y gracias a la intervención de una joven, hemos podido salir con vida.

Algunas horas después, las tropas de Pablo empezaron el contrataque para recuperar a Limberti. La ciudad, que se hallaba defendida por pocas fuerzas, no pudo contener el avance del enemigo, aun cuando la defendió heroicamente hasta el último momento.

Alfredo, al ver perdida la operación, se puso al frente de los soldados para enardecerlos, hasta que una bala le obligó a retirarse de nuevo al Cuartel General. Desde aquel instante, la desbandada fué inminente y nadie se preocupó de atender a los heridos y moribundos, entre los que se encontraba Alfredo.

Pablo Hartman, que tenía confiada la misión de apoderarse de la catedral, desde donde el enemigo hacía un fuego mortífero, entró en ella y lo primero que encontró fué a Ana María, que seguía postrada ante la Virgen.

Era tal el fervor con que rezaba la joven, que Pablo no se atrevió a interrumpirla y oró también, dando gracias a la Virgen por haberle devuelto sana y salva a la mujer que adoraba.

Mas, de pronto, Alfredo, que, a pesar de su herida, había estado buscando a Ana María, entró en la sala exclamando:

—¡Ana María, por Dios, que me muero!

Olvidó en aquel instante todas las ofensas que le hiciera su amigo e, impulsado únicamente por su buen corazón, corrió a prestarle auxilio. El herido lo separó de su lado y, lanzando una estridente carcajada, exclamó:

—¿Venias a buscarla?... Has perdido el tiempo. Ana María no puede ya casarse contigo. Acuérdate que te dije que llegaría el día que la haría imposible para ti.

Pablo no podía entender lo que con aquellas palabras quería decir su amigo y respondió:

—Alfredo, te suplico que olvides que somos enemigos de armas. Acuérdate únicamente de nuestra buena amistad. Deja que te lleve al botiquín y te curarán.

—Es inútil—exclamó Alfredo, recreándose en el espanto que expresaba el rostro de Ana María—. Voy a morir, pero antes quiero decirte que esa mujer ha sido mía, mía...

—Pero, ¿qué dices? —preguntó asombrado Pablo—. Estás delirando.

—No deliro, no. Pregúntaselo a ella y te dirá que es verdad.

Fué un momento de verdadera locura lo que sintió Pablo en aquellos instantes. Iba a arrojarle contra aquel hombre que de aquella forma ofendía a Ana María, pero antes de que llegara a él rodó por tierra, sin vida.

—Ana María—exclamó Pablo, acercándose a la joven—. ¿Qué es lo que quería decir Alfredo?

Ella no tuvo fuerzas para contestar y rompió a llorar amargamente, bajando la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Luego es verdad lo que ha dicho?... ¿Me has olvidado, has faltado a la fe que me habías jurado?

—Pablo—suplicó Ana María—. Yo te amo, no he amado a ningún hombre más que a ti; pero se me exigió un sacrificio...

—¿Qué clase de sacrificio es ése de que hablas?—exigió, colérico, Pablo—. Dime: ¿qué ha pasado aquí?

—No me preguntes nada, Pablo—respondió Ana María, acordándose del juramento que había hecho—. Jamás podré decírtelo. He jurado callar siempre y lo cumpliré, aunque sea tu amor su precio.

Pero los celos habían emponzoñado ya toda aquella fe que Pablo tenía en la muchacha y exclamó:

—Comprendo todo. Sin duda, la victoria de las tropas de Alfredo te hicieron cambiar de pensamiento. Olvidaste, no sólo mi amor, sino el de la patria. Eres el ser más vil que he conocido y te desprecio tanto como antes te amaba.

—No, Pablo—exclamó Ana María—. Yo te juro que eres injusto conmigo. No me juzgues por las apariencias. Verdad es que mi vida pasada te da derecho a pensar mal de mí, pero ten un poco de compasión y no me hagas sufrir más.

—¿Acaso la has tenido tú de mí?—respondió Pablo—. Te recogí de la calle, te di albergue en mi casa, ordené tu vida y, por último, te entregué todo mi cariño. ¿Y cómo me pagas? Entregándote al primero que llega.

—¡Por Dios, Pablo!—suspiró Ana María—. Tú no te puedes imaginar lo que ha ocurrido; si lo supieras tal vez no me tratarías de ese modo.

—Entonces, ¿por qué tu obstinación en callar?... ¡Habla, di algo en tu defensa, aunque mientas; pero, por lo menos, busca una excusa que justifique tu conducta!

—Imposible, Pablo—respondió Ana María, acercándose a él—. No puedo hablar, no puedo faltar a mi juramento.

—Entonces—terminó diciendo Pablo, a la vez que rechazaba a la joven—, no vuelvas a acordarte más de mí. Yo procuraré olvidarte, si antes una bala no me da el olvido que necesito.

Ante la idea de que Pablo pudiera morir, Ana María cayó a sus pies, exclamando:

—Perdón, yo no quería, pero me obligaron. Me dijeron que debía sacrificarme.

Todas las lágrimas y súplicas de la joven fueron inútiles para enternecer el corazón de Pablo, que, desesperado, salió del templo, con el alma destrozada.

LA PAZ

Pasaron los días horribles de la guerra. Los hombres, cansados de aquella matanza, volvieron a humanizarse y el sol de la paz alumbró los campos de los dos países. El fantasma de la guerra iba desapareciendo poco a poco y en los corazones volvía otra vez la dicha. Las ciudades adquirirían su alegría de otros tiempos, pero entre el bullicio de la gente, solamente Pablo sentía como nunca el dolor del fracaso sentimental que había tenido.

Desde el día de su separación no había sabido nada más de Ana María. Había hecho investigaciones, pero todas fueron inútiles. Hubo momentos que temió por la vida de aquella mujer, que, a pesar de todo, seguía imperando en su corazón. Los ascensos y recompensas por su heroísmo en la guerra, que hubieran hecho feliz y llenado de orgullo

al hombre menos pretencioso, no produjeron en él el menor efecto. Todos sus pensamientos, toda su vida estaba concentrada en aquella mujer. Sin embargo, Ana María vivía cerca de él, en el mismo Limberti, y conocía la rápida ascensión de Pablo. Cada vez que los diarios publicaban alguna noticia referente a él, elogiando su comportamiento, no podía impedir que la emoción que sentía en aquel instante la hiciera verter lágrimas de alegría, de felicidad...

El vivía, y ella, en su oscuridad, sin que nadie hubiera sabido comprender el gran sacrificio de su vida, era dichosa sabiéndolo a él considerado como un héroe.

Por fin, un día, Karlsson le habló de ella, sin que pudiera el antiguo espía adivinar la herida que habría en su corazón.

—Jamás olvidaré—le decía Karlsson—el heroísmo de una joven de Limberti. Amaba locamente a un hombre y, sin embargo, no dudó en perder su amor por salvar a la patria.

Las palabras de Karlsson suscitaron una terrible sospecha en el corazón de Pablo. ¿No sería aquella mujer la misma a quien tanto amaba, y a quien había injuriado y despreciado con excesiva crueldad?

Ante esta terrible duda, le preguntó ansiosamente:

—¿No sabe el nombre de aquella joven?

—No la había visto hasta entonces. Únicamente creí adivinar que era antigua conocida del coronel Alfredo, puesto que apenas la vió quiso quedarse a solas con ella.

Pablo no perdía sílaba de cuanto le decía el antiguo espía y cada vez se arraigaba más en él la seguridad de

que se trataba de Ana María; pero, ¿si ella lo había hecho por salvar los miles de vidas que dependían únicamente de la llegada de Karlison, por qué no decirlo?

El espía continuó narrando la historia, diciendo:

—Ella se resistió con toda energía, proclamando que al único hombre a quien había amado en el mundo era al oficial con quien iba a casarse y ni las amenazas del coronel ni las súplicas de los demás prisioneros la hubieran convencido si yo no la hubiera llamado aparte y le hubiera revelado mi verdadera personalidad. Fué un momento de indescriptible emoción. Me miró con sus grandes ojos negros, en los que se veía toda la sublimidad de un alma dispuesta al sacrificio, y me preguntó: “¿Entonces depende solamente de mí el que se salven unos miles de nuestros hermanos?” “Sí, le respondí; solamente usted puede salvarlos. No le suplico por mi vida, que muchas veces he expuesto, sino por ese puñado de infelices, que tal vez no vuelvan a ver más sus seres queridos.” Entonces, ella, como el reo que va al patíbulo, convencido de su inocencia, secó las lágrimas que cubrían su rostro de belleza sublime y, sin decirme nada, se dirigió a la puerta de nuestra prisión. Altiva, majestuosa como una reina que se sacrifica por sus súbditos, así ella supo sacrificar algo más que su vida: su felicidad, en aras del santo amor de la patria.

Pablo había oído todo el relato y a la vez que el otro hablaba iba haciendo desfilar por su mente las horribles escenas de dolor que habría tenido que pasar Ana María, porque ya estaba convencido de que era ella, al verse despreciada por él. ¡Qué mal había pagado aquel sacrificio!

Ella lo había dado todo por salvarlo a él y, sin embargo, como recompensa, no había obtenido otra cosa que su desprecio.

—¿Y no la ha vuelto usted a ver?—preguntó Pablo.

—La he buscado inútilmente para relevarla de un juramento que le exigí de que por nada ni por nadie diría lo que aquel día había sabido.

—¿Y ella... juró? — volvió a preguntar ansiosamente Pablo.

—Sí, yo iba vestido de sacerdote y juró ante el crucifijo que moriría antes que decir nada. He llegado a creer que ha muerto en la toma de Limberti, pues el homenaje que se le había preparado ha tenido que suspenderse por eso.

—Pues yo le aseguro que no ha muerto — exclamó Pablo.

—¿Acaso la conoce usted?—interrogó Karlisson, extrañado—. ¿La ha visto? ¿Sabe dónde está?

—La vi algunas horas después de la toma de Limberti. Ese oficial a quien ella amaba era yo, yo que, al enterarme de su matrimonio con el coronel Alfredo, la desprecié cruelmente, la ultrajé, martirizándola con mis palabras, y no queriendo oír la voz de mi corazón, que me decía que era inocente, mientras que los celos me la presentaban como culpable. ¡Ah, cómo debe de despreciarme ahora!

Pablo había pronunciado las últimas palabras con tanto dolor, expresaban tan elocuentemente su desesperación, que Karlisson, compadecido de él, procuró tranquilizarlo, diciéndole:

—Tranquilícese, Pablo. Tarde o temprano, aparecerá. El Gobierno la busca para testimoniar la gratitud que la patria le deba por haberla salvado en uno de los momentos más críticos de la guerra, y la encontrará.

—¿Daría mi vida por ello!—exclamó con vehemencia Pablo—. Verla una vez más, volverla a ver y saber tan sólo que me perdona, que no me guarda rencor! ¡Usted, Karlsson, no ha amado nunca y no puede darse idea de lo que significa este sentimiento! ¡Haber tenido la dicha en la mano y dejarla escapar por un sentimiento ridículo de celos! Pero estaba loco, las palabras del coronel lograron exaltarme, y, ciego, sin reparar en nada, ni en sus lágrimas, hice lo que hice.

Y Pablo Hartman, el hombre que con una serenidad y arrogancia espasmódica había desafiado la muerte apoyó la cabeza en sus manos y lloró como un niño, desconsoladamente, sintiendo entre su conciencia todo el peso de su acción irreparable.

Karlsson lo miraba compadecido y adivinaba el dolor de aquel hombre al verlo tan abatido, cuando tantas veces había sido la admiración de todos por su arrojo y heroísmo.

Para tranquilizarlo, Karlsson le dijo:

—No desespere, amigo mío. Tenga fe en que la encontraremos. El Gobierno no desea otra cosa y yo no me consideraré tranquilo hasta que haya podido relevarla del juramento que me hizo.

—Sí — exclamó Pablo—. Es preciso encontrarla, remover el mundo entero si fuera necesario, pero de una forma u otra, dar con ella.

—Yo le prometo—volvió a decirle el antiguo espía— que desde hoy redoblaré mis agentes con el fin de que dentro de pocos días podamos dar con su paradero.

—¿Usted cree que habrá salido de Limberti?—preguntó Pablo, en quien las palabras de Karlsson iban engendrando cierta confianza.

—Nada le puedo decir de cierto—respondió éste—; pero estoy convencido de que esa joven vive en la capital. Indudablemente su modestia, el miedo a verse otra vez ante usted, la hace permanecer oculta. El alma de esa mujer es de las que se someten a todos los sacrificios.

—Es un ángel—exclamó con vehemencia el enamorado Pablo. Y detalladamente, enalteciendo la figura de la mujer amada, fué refiriéndole todos los dolores y sufrimientos que había pasado en la vida. Como la conoció, el cambio de su conducta, la dulzura de su carácter y, por último, la resistencia que había hecho para casarse con él ante la idea de que se la pudiera tomar como una vulgar aventurera.

—Todo lo que me dice, lo había yo adivinado—le respondió Karlsson—. En sus palabras y en sus gestos y en todo lo que se desprendía de ella, era fácil comprender que la vida no había sido para ella pródiga en satisfacciones; pero ahora es obligación nuestra hacerla disfrutar de la dicha que tanto se merece, y, unidos los dos, no nos será difícil encontrarla.

Pasaron días de infructuosa búsqueda; nuevamente el desaliento se adueñó del corazón de Pablo; pero Karlisson procuraba mantener en él viva la fe de la esperanza, y sus palabras serían para el enamorado como un narcótico que calmaba el dolor de su desesperación.

Fueron días horribos para Pablo. Recorrió todos los lugares que anteriormente había andado con Ana María, cuando su amistad le daba derecho a acompañarla; fué a casa de la modista a quien la había recomendado, creyendo que tal vez hubiera vuelto a verla; pero todas sus pesquisas resultaban inútiles.

¡Cuántas veces, encerrado en la soledad de su casa, lloraba amargamente por la felicidad perdida y que creía no volvería a encontrar más!

En aquellos momentos de sentimentalismo, después de una de esas terribles crisis, que lo colocaba en la cima de la desesperación, corría en busca del antiguo espía y, juntos los dos, recorrían la ciudad.

—Nuestros deseos no se cumplirán nunca—exclamaba desalentado Pablo, después de cada excursión.

—Comprendo su ansiedad—respondía Karlisson—. Los enamorados son impacientes de por sí; pero, sin embargo, es preciso esperar, tener confianza en nuestro éxito, no desmayar un solo instante, y la victoria será nuestra.

—¿Y si le ha ocurrido alguna desgracia?—preguntaba Pablo—. ¿No cree usted que ella, al verse despreciada, sin recurso, sin una mano amiga que se tendiera para consolarla, haya hecho alguna locura?

—No lo creo—respondía con la firmeza de un convencido el espía—. Esa joven tiene un temperamento demasiado enérgico, un alma hecha a todos los embates de la vida, y sabrá sufrir con resignación esta nueva prueba a que se ve sometida en la confianza de que llegará el día que su inocencia sea proclamada.

Por fin, una mañana, Karlsson se presentó en casa de Pablo, y le dijo:

—Me parece que nuestras investigaciones van por buen camino. Tenemos una pista y es casi seguro de que por ella encontremos a Ana María.

—¿Dónde está?—preguntó ansiosamente Pablo—. ¿Vive? ¿Es feliz?

—Calma—le aconsejó su amigo—. Sabemos su domicilio, y uno de mis agentes la conducirá al Ministerio; pero es preciso que refrene su ímpetu y aguarde el momento oportuno. Usted no deberá presentarse ante ella hasta que yo se lo ordene.

—Lo que usted pide es imposible. ¿Cómo le puede usted pedir a un sediento que tenga calma cuando encuentra el manantial que puede mitigar su sed?

—Si usted se resiste a seguir mis instrucciones, me desdigo del compromiso contraído con usted—respondió seriamente Karlsson.

—¿Es usted cruel!—exclamó desconsolado Pablo.

—Soy un buen amigo de usted y de ella—respondió el espía—. Y por lo mismo quiero que desde este momento me prometa usted seguir a ciegas mis órdenes.

—Haré lo que usted quiera—respondió Pablo—. Permaneceré inactivo hasta que usted me lo ordene.

—Tenga la seguridad de que no le pesará—respondió Karlsson—. Pronto, más pronto de lo que usted se piensa, podrá estrechar entre sus brazos a la joven que ama.

Y con el alma embargada de una dulce esperanza, Pablo creyó que aquella mañana hasta la Naturaleza tomaba parte en su alegría, engalanándose con la espléndida luz del sol, que entraba a raudales en su habitación, en aquella habitación que tantas veces Ana Maria había impregnado con su perfume.

PERDON Y DICHA

Una insistente llamada en la puerta de su humilde habitación sobresaltó a Ana María, que salió a abrir, pensando en quién podría ser. ¿Sería Pablo?, se preguntó mentalmente; pero una dolorosa sonrisa se dibujó en sus labios al pensar que no sabía dónde estaba.

Abrió la puerta y se presentó un desconocido, quien, después de asegurarse de su personalidad, le dijo:

—Señora, la hemos estado buscando, sin poder dar con su paradero.

Ella le miró extrañada y el desconocido siguió diciéndole:

—Traigo la orden para que se presente usted inmediatamente en el ministerio de la Guerra.

Ana María tuvo que sostenerse, agarrándose al respaldo de una silla. Pensó que algo grave le había ocurrido a Pablo y casi no tuvo fuerzas para responder.

—Está bien, señor. Podemos ir cuando usted guste.

La curiosidad que su presencia despertaba en todos los que se hallaban en el Ministerio confirmó más en el ánimo de ella la idea de que algo grave le ocurría a Pablo y, sin pensar en otra cosa que en él, corrió adonde estaba el ministro, que, al verla, hizo una reverencia y exclamó:

—Señora, la patria no podía olvidar su sacrificio y necesita demostrárselo públicamente.

—¿Qué sacrificio es el que yo he hecho? — preguntó Ana María, algo más tranquila.

—Es inútil que finja usted—volvió a decirle el ministro—. Karlsson ha declarado ya a quién se debe nuestro triunfo, nos ha revelado su generosa acción y no puedo permitir que su nombre quede en el anónimo. Mañana, ante este palacio y ante todo el público, proclamaré su sacrificio para que sirva de ejemplo a todos y para que os bendigan todos aquellos que os deben la vida.

—Yo se le agradezco, señor—respondió humildemente Ana María—, pero prefiero seguir viviendo como hasta

ahora. Lo que yo he hecho no tiene importancia; todas las mujeres de Limberti hubieran hecho lo mismo.

—Siento mucho no poder acceder, pues son órdenes terminantes y no tendrá más remedio que obedecer.

Al día siguiente, la Naturaleza parecía que había querido adornarse con las mejores galas. El cielo se hallaba colorido de un azul suave de primavera y el sol esparcía sus rayos por la ciudad de Limberti, llevando la alegría y el optimismo a los corazones.

En la amplia plazoleta que había ante el Ministerio de la Guerra, la multitud se apiñaba impaciente y ansiosa por ver a aquella mujer, símbolo de abnegación y sacrificio. Los corazones latían precipitadamente, con esa emoción que precede casi siempre a los grandes acontecimientos.

Las tropas, luciendo sus brillantes uniformes, detenían la impaciencia de la multitud e impedían que aquella llegase hasta las puertas del edificio.

Sin embargo, nadie de los que allí estaban podía imaginar la intensa emoción que en aquellos momentos se albergaban en el corazón de Pablo, que, al mando de su regimiento, se hallaba también en la formación.

De pronto, el son de una corneta rasgó el aire y la multitud enmudeció, como si aquel toque hubiera tenido el poder mágico de convertirlos en estatuas.

Se abrió el balcón principal y apareció Ana María, acompañada del ministro, quien, vivamente emocionado, fué relatando el hecho heroico de aquella mujer, que lo había sacrificado todo por la patria, y terminó diciendo:

—La patria os agradece a todos vuestros sacrificios... esos sacrificios que nos han dado la victoria; pero, ante todo, ha sido una colaboradora oscura y heroica la que ha hecho posible para nosotros este día de gloria... ¡No se puede recompensar con cruces ni con medallas a esta mujer, a esta mujer que hizo el sacrificio de su felicidad en el altar de la patria! La única recompensa que podemos ofrecerle es postrarnos de rodillas ante ella, como lo hacíamos ante una santa, y pidamos al cielo la bendición para ella.

Insensiblemente, Pablo se adelantó hacia donde estaba ella y Ana María, al verlo arrodillado, no pudo contener un grito que salió de lo más hondo de su corazón y le tendió los brazos, diciéndole:

—¡Pablo, mi Pablo!

—Perdón—suplicó él, corriendo hacia ella.

—Ahora sí que soy dichosa—exclamó Ana María. Y mientras los dos enamorados, tiernamente abrazados, confundían sus lágrimas de felicidad, la multitud gritaba fre-

nética, aclamando a aquella mujer, a la mujer disputada, que, por fin, había conseguido la dicha que se merecía.

Fué un momento de imponente emoción. Las tropas, rindiendo los honores a aquella joven que tanto había sufrido y la felicidad de aquellos dos corazones, era un espectáculo conmovedor.

Y, detrás de todos aquellos espectadores, oculto bajo el quicio de una puerta, un hombre de mirada torva, en cuyo rostro se refleja una mueca de infinito desprecio, miraba a Ana María y decía interiormente:

—Es la misma que estuvo con nosotros prisionera. ¡Una cualquiera, a quien ahora todos le rinden honores sin acordarse de que antes ha sido una mujer de la calle!

Afortunadamente para él, nadie oyó sus palabras de desprecio, fiel indicio de que ya había olvidado que aquella mujer a quien él tanto despreciaba, valía su alma mucho más que la suya, puesto que con un heroísmo sublime había sabido librarlos a todos de la muerte.

Los días que siguieron al en que Pablo y Ana María se encontraron, fueron días de dicha inmensa. Pablo adoraba cada vez más a la joven y le dijo, después de pasados los primeros arrebatos amorosos que despertó en sus razones el encuentro:

—Ana María, te he hecho sufrir mucho. Sé que no me-

rezco tu perdón; pero piensa que todo ha sido por el gran amor que sentía y siento por ti. Yo también he sido una víctima de las apariencias. El día en que nos separamos, cuando me devolviste la alianza de mi madre, creí que el mundo se había acabado para mí. Busqué insaciable la muerte en el campo de batalla, sin que ninguna bala quisiera privarme de una vida que me era tan odiosa.

—Es que esa vida me pertenecía, Pablo — respondió Ana María, acariciándole dulcemente—. Tu vida no era tuya, era mía, como tuyo era todo mi corazón. Dios es bueno y misericordioso y no podía permitir que cayera sobre mí la mayor desgracia, que era el perderte.

—Pero ¿podrás perdonarme todo el daño que te he causado?—preguntó tímidamente Pablo.

—Te perdoné en el mismo instante en que me lo hacías—respondió Ana María—. Estaba segura de que aquellas palabras no las decías con el corazón. Los celos, el amor que me tenías, te hacía obrar de aquella manera, y esperaba resignada a que algún día pudieras saber la verdad de todo, la única verdad que no te podía decir, porque me lo impedía un sagrado juramento.

¡Cuán largos son los días para la desgracia! Y sin embargo, ¡qué rápidos pasan para la felicidad!

Y para Ana María y Pablo era vertiginosa la marcha del tiempo, y las horas que pasaban juntos, diciéndose uno

a otro todas esas palabras dulces que jamás poeta alguno pudo llevar a sus versos, porque solamente sienten su inspiración los corazones enamorados, pasaban veloces, con el pensamiento puesto en la proximidad del día en que sus vidas quedarían unidas para siempre. Aquel día que tanto había soñado la angelical Ana María y que ahora era cuando lo veía cierto, su sueño iba a tener una realidad, iba a ser la esposa del único hombre a quien había amado, el que era dueño por entero de su corazón, y esta dicha devolvió a Ana María toda su antigua belleza, de infinita dulzura que conmovió por primera vez a Pablo.

Mas, si por acaso todavía eran pocas las pruebas de bondad que el corazón de Ana María le había dado a Pablo, aun tuvo una nueva demostración, y un día le dijo:

—¿Pablo, no has vuelto a pensar nunca en tu amigo Alfredo?

En la mirada de Pablo se advirtió cierta intranquilidad, que Ana María se apresuró a disipar diciéndole:

—Olvida su acción y piensa tan sólo en lo amigos que habéis sido. Lo que hizo fué impulsado por una pasión mayor que su voluntad. Sé bueno y acuérdate de él.

—¿Y qué quieres que haga?—preguntó Pablo, tranquilizado por el tono de Ana María.

—Quería pedirte un favor...

Y ante la mirada interrogativa de él, siguió diciéndole:

—Quiero que el día de nuestra boda, al terminarse la festa, vayamos adonde está enterrado y recemos por su alma.

Pablo apenas si pudo reprimir una lágrima, y, estrechando fuertemente entre sus brazos a su amada, le dijo:

—¿Eres buena, Ana María!... ¡Buena hasta lo sublime! ¡Jamás criatura alguna podrá tener un alma tan generosa como la tuya! Pero no quiero ser menos que tú, y olvido todo el daño de aquel amigo que para mí fué tan querido y como perdón a su maldad, iremos a depositar sobre su tumba unas flores de perdón.

Ana María, al oírlo hablar así, no pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos, y Pablo le preguntó sonriendo:

—¿Estás contenta?

—Sí, Pablo. Ahora es cuando estoy contenta, porque ahora es cuando comprendo la fe que tienes en mí. Desde este momento puedo considerar mi vida pasada como muerta y emprender una nueva, completamente distinta, a la que nadie pueda tacharle nada. Ya no seré la mujer disputada, puesto que vuestra amistad nos une nuevamente.

Y los dos enamorados, tiernamente abrazados, tuvieron un recuerdo para el pobre desgraciado que, impulsado por su frenética pasión, había olvidado uno de los deberes más sagrados y estuvo a punto de destruir la dicha de dos seres que tanto la merecían.

FIN

HOY como AYER

BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

Sigue su marcha triunfal publicando las
óbras cumbres de la cinematografía.

Testimonios:

Los parias del Amor	2'00 ptas.
Pimentilla	2'00 »
Dorotea Vernon	2'00 »
El milagro	1'50 »
El Niño de las Monjas	1'50 »
La Cabaña del Tío Tom	1'50 »
Jaque a la Reina	1'50 »
Rosita	1'00 »
Los Nibelungos	0'50 »
Los Dos Pilletes	0'50 »
El Gaucho	0'50 »
Ben Hur	0'50 »
El Signo del Zorro	0'25 »

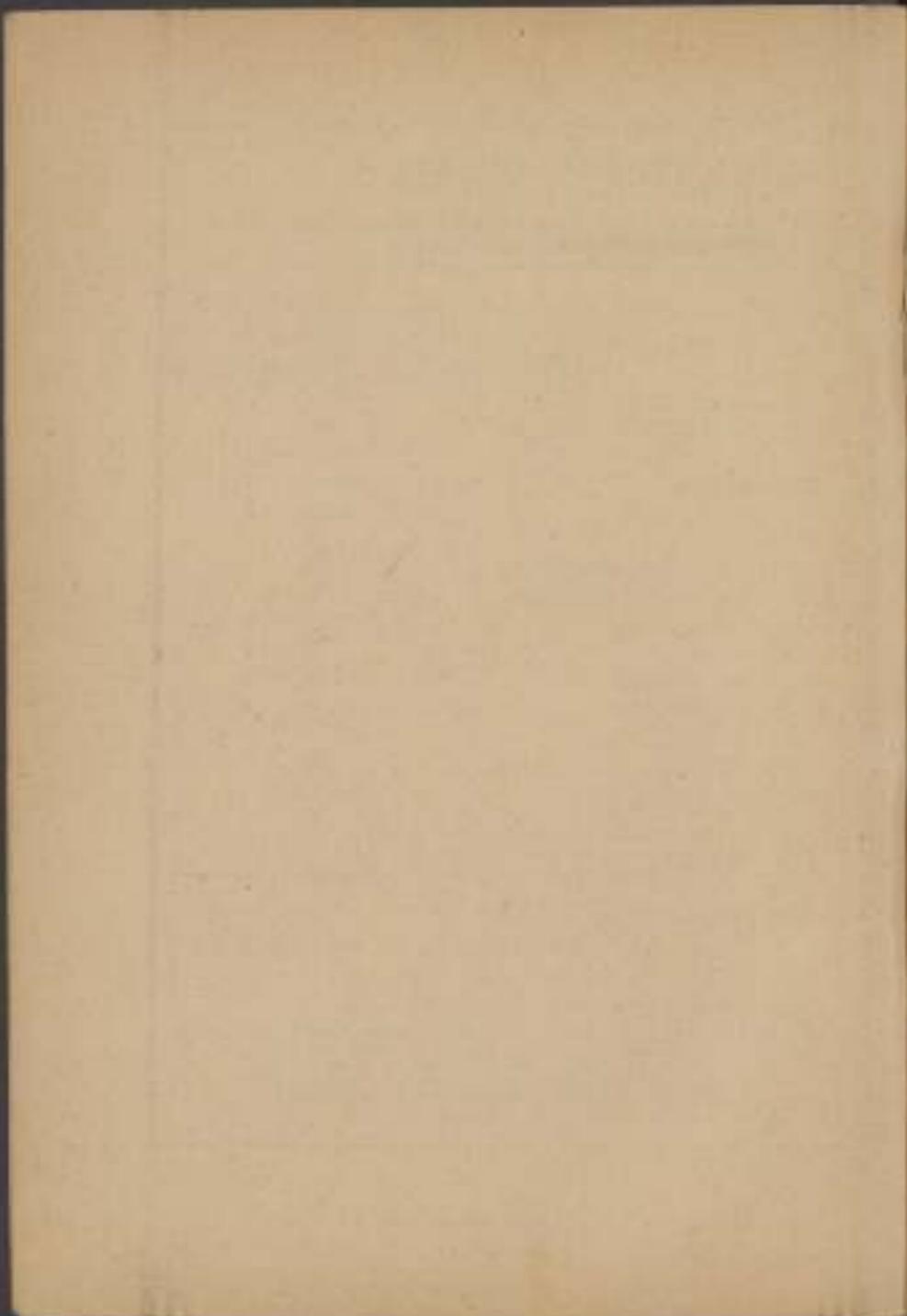
Y en la presente temporada:

EL ARCA DE NOÉ	1'00 ptas.
LA MUJER DISPUTADA	1'00 »

Las dos novelas cinematográficas que
delectarán a los inteligentes. >>> >>> >>>

Sevisitas siempre casitas y salidas completas, previo
cambio del importe en sellos de correo. Remiten cinco cén-
timos para el certificado. Plazuela gratis.

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona



Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 pts colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
María Casajua	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales

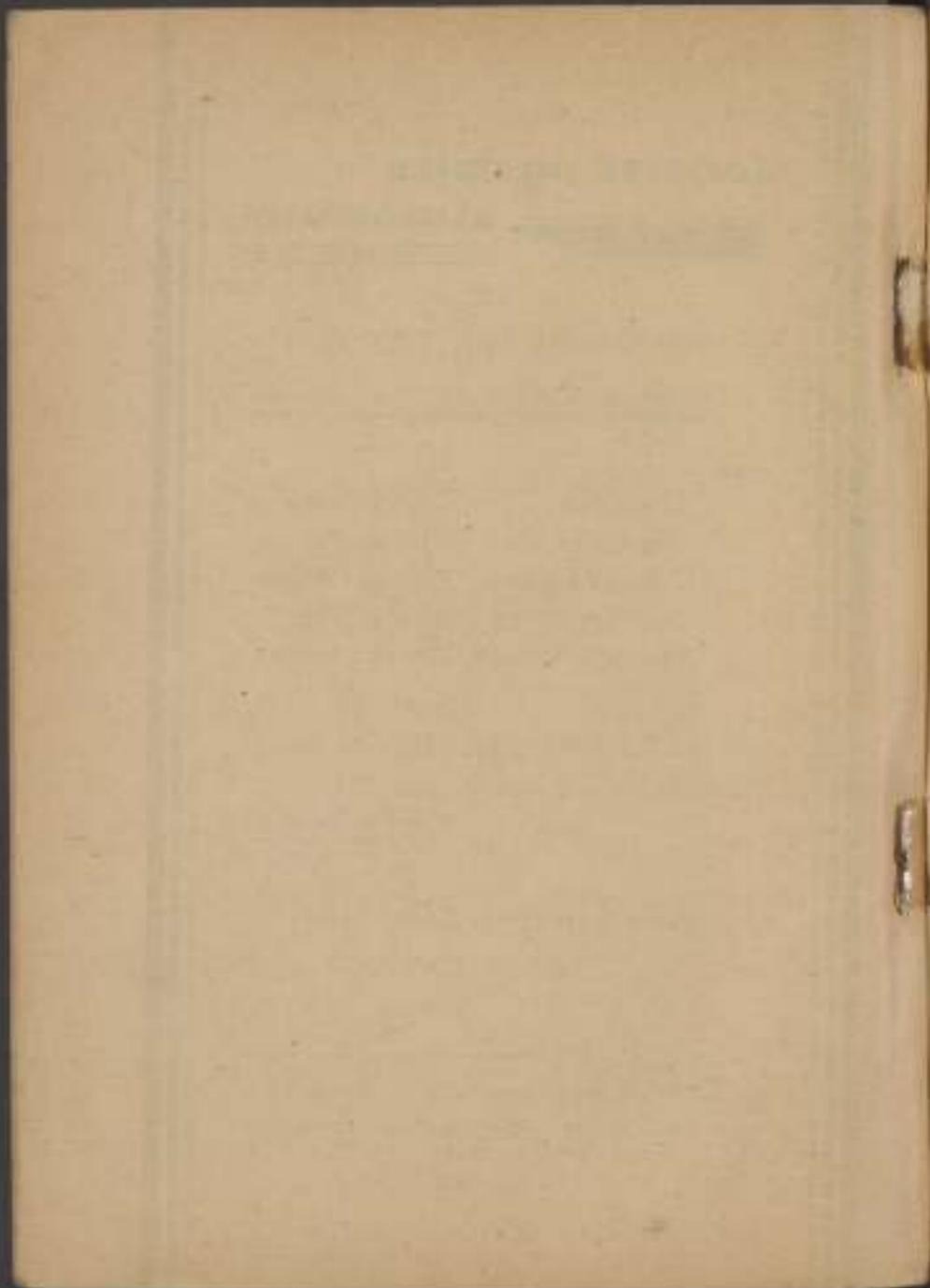
2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos JANET GAYNOR

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.



¿Quiere usted conocer la vida ar-
tística de sus artistas predilectos?

Colección de las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS

(TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

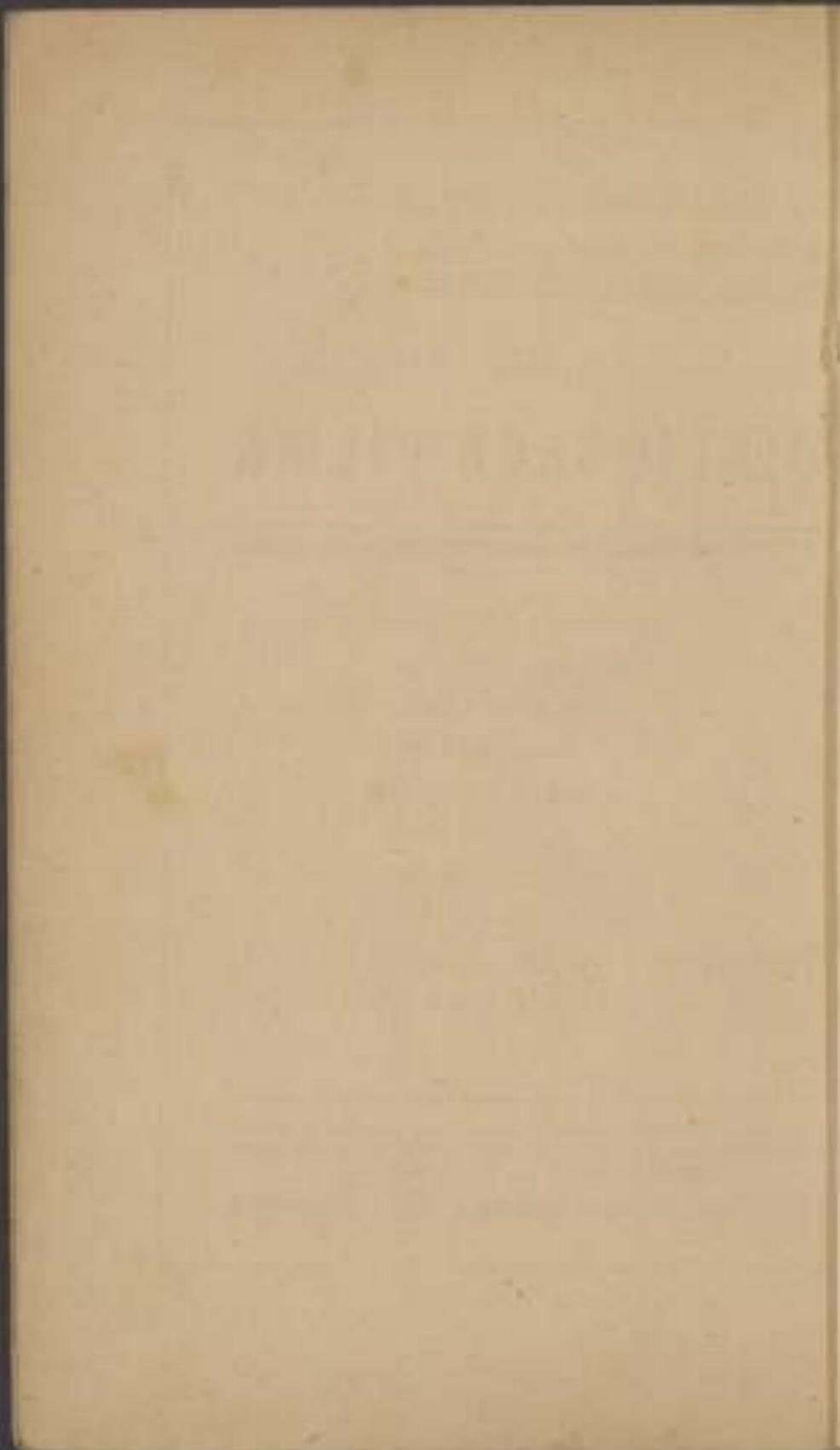
Dolores del Río

25 CÉNTIMOS Adolfo Menjou

VOLÚMEN Janet Gaynor

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona





IMPRESA COMERCIAL
CALLE VALENCIA, 101 - BARCELONA